

BOLSILIBROS
BRUGUERA



SERIE
**PUNTO
ROJO**

los eslabones de la cadena

cliff bradley



COLECCION

PUNTO ROJO



CLIFF BRADLEY

LOS ESLABONES DE LA CADENA

Colección **PUNTO ROJO** n.º 467

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES

CARACAS - MÉXICO - RIO DE JANEIRO

Dépósito legal: B 6.051 - 1971

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril, 1971

© CLIFF BRADLEY, 1971
sobre la parte literaria

© JORGE NUÑEZ 1971
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE:

961 — Sendas de ira.

En Colección BÚFALO:

616 — El que mató a Jack Torrence.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.070 — Diez días después de agosto.

En Colección ASES DEL OESTE:

615 — Brady, *el Cantor*.

En Colección BRAVO OESTE:

518 — El cráter del sol poniente.

En Colección COLORADO:

469 — El rancho siniestro.

En Colección PUNTO ROJO:

438 — Como una araña.

En Colección CALIFORNIA:

750 — El sabueso.

En Colección KANSAS:

650 — Una tumba en la colina.

En Colección BISONTE, SERIE AZUL:

10 — La noche del cazador.

CAPÍTULO PRIMERO

—Trabajo para ti, Ross.

Ross Bryant, inspector del Federal Bureau of Investigations, Departamento de Narcóticos, dejó lo que hacía, haciendo una mueca e inquirió de su compañero:

—¿De qué se trata? Porque trabajo es lo que siempre sobra en esta oficina.

—No te quejes. Vas a viajar.

—Menos mal. ¿Adónde es el viaje?

—A Sarita.

Bryant gruñó un taco dirigido a su compañero. Sarita era un poblacho situado a sesenta y cinco millas al sur de Corpus Christi, el último lugar del mundo para divertirse en pleno verano.

—¿Qué infiernos tengo que hacer allí?

—Asesinaron a un muchacho, un estudiante.

—¿Y no hay un *sheriff*?

—Seguro. Pero el chico se pinchaba.

—Uno de cada cinco de nuestros estudiantes se pincha...

—Ése llevaba también heroína encima.

Y aquello cambiaba la situación. La mayoría de los estudiantes usaban la marihuana, el LSD y cosas así. La heroína era palabra mayor, tanto por su precio como por su riesgo y la relativa dificultad de obtenerla. Además, al mozo lo habían asesinado...

La sección del FBI radicada en Corpus Christi solía tener mucho trabajo por causa de los estupefacientes. La ciudad crecía muy aprisa, ya superaba los doscientos mil habitantes. Sita en la desembocadura del Nueces y a ciento treinta y cinco millas de la frontera mexicana, con un excelente puerto y en medio de una rica región productora de algodón, ganado, petróleo y gas natural, tenía refinerías de cinc y petróleo, fundiciones, fábricas de cemento y de productos químicos, desmotadoras de algodón y molinos de aceite

de algodón. Además, una estación aeronaval de las Fuerzas Armadas y una Universidad. El dinero abundaba y corría bien, sobraban los lugares donde gastarlo. Eso daba lugar a un índice de criminalidad bastante elevado, incluso para el *average* nacional. Y los estupefacientes se mezclaban en tres de cada cinco delitos.

Este hombre, este estudiante de ahora, se llamaba James Moreno. Bueno, en la región meridional de Texas abundaban más los apellidos de origen hispánico que ningunos otros. Tenía diecinueve años y, al parecer, habíanlo encontrado entre unos matorrales con dos balazos en la nuca.

Las oficinas locales del FBI se encontraban en la esquina de Comanche Street con North Port Avenue, un lugar de lo más estratégico. Ross Bryant salió de allí en su propio automóvil y dobló hacia el Sur hasta la calle Inés, para seguirla y tomar la carretera Cuarenta y Cuatro. Diecisiete millas más lejos, en Robstown, enfiló por la Federal 77 al Sur.

Era una mañana de maldito calor, el calor pegajoso y húmedo del Golfo de México. El calor se alzaba en vaharadas de la tierra y sobre todo de las corrientes de agua, haciendo bailotear la visión. El sudor molestaba lo suyo también. Pero el trabajo es el trabajo...

Hora y media después de abandonar Corpus Christi, Bryant y su acompañante, el agente Morrow, llegaron a Sarita, una somnolienta población extendida perezosamente a ambos lados de la carretera. No parecía haber ninguna excitación por el hecho del asesinato.

La oficina del *sheriff* local se encontraba más o menos a mitad de la Main Street. El propio *sheriff* era un hombre magro y cetrino, con mucha sangre del sur de la frontera en las venas. Su acogida fue simplemente cortés.

—Avisamos a ustedes al encontrar heroína en uno de los bolsillos del mozo.

—¿Llevaba un paquete?

—Oh, no. Lo habían limpiado a conciencia de todo cuanto pudiera servir para identificarlo. Pero al registrarle las ropas hallamos heroína pura pulverizada en el fondo de uno de sus bolsillos, entre la suciedad que siempre se acumula en esos lugares. Y también el forense descubrió huellas de pinchazos.

—En el aviso dice que era estudiante. ¿Cómo lo han averiguado?

—Pura casualidad. El muchacho se detuvo hace unas semanas

aquí. Lo acompañaban otros dos muchachos y dos chicas, alborotaron un poco en el bar de Fortuna y tuve que llamarles la atención. Se me quedó su cara grabada. Eran estudiantes y al parecer residían en Corpus Christi, dijeron que iban a divertirse un poco a la frontera. Al verle de nuevo me sorprendí.

—¿Y eso, por qué?

—No sé... Me dio la impresión de ser un chico alegre, brillante, pero no belicoso y, desde luego, no noté entonces que estuviera drogado. Supongo que querrá ver el cuerpo...

Lo tenían en una habitación repleta de olores desagradables. Y él mismo no era nada agradable de contemplar.

—Le metieron dos balas en la nuca. Sobraba con una, pero fueron dos. Debieron traerlo desde la frontera.

—¿Qué se lo hace suponer?

—Este condado sólo tiene una población, ésta; lo demás son granjas y ranchos asilados. Hay medio centenar de millas de carretera lisa y recta desde Raymondville. Descubrimos huellas de las ruedas de un vehículo arrimadas a la orilla de la carretera a corta distancia de donde hallaron al cadáver...

—¿Quién lo encontró?

—Un pastor. Andaba reuniendo a su ganado y su perro le avisó. Si quiere ver el sitio comprobará que eligieron bien el lugar. Normalmente habríase tardado varios días en descubrir el cadáver y ya se lo habrían comido los buitres.

—¿Buitres?

—Usted es de ciudad, ¿verdad? Los buitres están protegidos por la ley y se aprovechan de eso.

—Supongo que habrán registrado bien el terreno. ¿Cuál es su opinión?

—El muchacho estaba metido en algún lío gordo, tal vez trabajaba para los traficantes de droga. Hizo algo que no les gustó y lo liquidaron. No es muy corriente que utilicen el territorio de este condado para dejarnos por ahí tiradas sus víctimas, pero suele suceder a veces. Algo o alguien debió asustarlos, no obstante. O eso, o no conocen bien la zona.

—¿Por qué lo dice?

—Hay muchas lagunas. Si lo hubieran tirado a una de ellas, con un buen peso, el cadáver habría tardado en reaparecer. Sin

embargo, lo dejaron a doscientos metros de una bastante profunda. Desde luego, ocurrió anoche, según el forense lo asesinaron entre las doce y las dos de la madrugada...

Bajo el tórrido sol del mediodía, la carretera era un ascua negra y el asfalto se volvía pegajoso. Había bastante circulación y el *sheriff* se refirió a ello.

—Normalmente hay mucho tránsito por esta carretera durante el día, también a última hora de la madrugada y por la mañana temprano, así como a primera hora de la noche. Camiones con productos hortícolas, los petroleros, gentes que van a divertirse a la frontera... Tuvieron que asesinarlo sobre el terreno y después salir corriendo, por temor a levantar sospechas. La carretera es tan recta en grandes tramos que se descubre un vehículo a muchas millas...

Era un terreno llano y escasamente arbolado, aunque no faltaran las manchas de bosque, pero alejadas de la carretera. Las granjas y los ranchos aparecían muy espaciados. Unas doce millas más abajo de Sarita el patrullero del *sheriff* frenó la marcha. Había un agente motorista parado a la sombra de un álamo, el cual denegó a una pregunta del *sheriff*.

—Ninguna novedad...

Un poco más allá, los hombres de la ley se reunieron al borde de la carretera.

—Aquí se detuvieron. Ya están casi borradas las señales de los neumáticos. No lo sacaron arrastrando, hay huellas de tres personas. Venga.

Era un rastro que Bryant no habría podido seguir, pero que sin duda aquellos hombres habituados al campo sí podían. Les condujeron a un declive del terreno que no llegaba a ser hondonada y donde crecían altos matorrales, con juncos en abundancia.

—Aquí.

Era ciertamente un lugar bien escogido... si quien lo elegía, de noche y a oscuras, desconocía la topografía del terreno circundante. El esbozo de hondonada no tendría más de veinte metros de anchura y se extendía paralelo a la carretera, elevándose el terreno suavemente, acaso tres metros a lo sumo, a ambos lados. Terreno más bien árido, solitario, a pesar de su cercanía a la carretera.

—En el otoño todo esto se encharca, hasta abril o mayo. Ahora está seco. Vea la sangre. Le obligaron a arrodillarse y le dispararon

en la nuca.

Una técnica poco usada por los hampones, menos aún por los traficantes de droga. Y sin embargo, Bryant pudo comprobarlo ya antes, en Sarita, el muerto llevaba una pequeña cantidad de morfina pura, en polvo, mezclada con los residuos del fondo de uno de sus bolsillos.

Ahora bien, la morfina es demasiado cara para que sus manipuladores la lleven como si se tratara de azúcar. ¿La llevaba aquel pobre muchacho en un paquete cuando lo asesinaron y al quitársela el paquete se rompió? Posible..., pero poco probable. ¿Solía llevarla descuidadamente en un bolsillo? Absurdo...

Un examen del terreno dio muy poca evidencia. Al parecer, ya el *sheriff* y su ayudante habían inspeccionado a fondo. Además, el calor se había vuelto insoportable.

—Creo que será mejor regresar a su oficina, *sheriff*. Avisaremos a los de la Criminal para que traigan sus artillugios, a lo mejor algo pueden conseguir con ellos.

Había que tener cuidado con las jurisdicciones. Un criminal puede moverse como le da la gana y sin preocuparse por ello, pero cualquier agente de la ley sabía que nada había tan susceptible como un colega dentro de su propia jurisdicción. Y tal vez por eso tantos delitos quedaban impunes.

CAPÍTULO II

La Universidad de Corpus Christi ocupaba una amplia extensión de terreno con modernos edificios y agradables arboledas. Naturalmente, a la sazón estaba vacía, ya terminó el curso. Pero quedaban los funcionarios encargados de su vigilancia y conservación.

Bryant llevaba horas moviéndose, desde que se hizo cargo de aquel caso. De retorno a Corpus Christi había indagado en los archivos de la policía local y los propios del servicio, sin resultado, el muerto no estaba fichado por ningún delito. Ello, en sí, ya resultaba raro... Pidió información a la central de Houston, enviando la fotografía del muerto por teletipo y ahora, con copias de las mismas en un bolsillo, venía a la Universidad.

Sabía por experiencia cuán poco gustaba mucha gente de colaborar con la policía en un caso así. Era amargo e irritante.

Pero aquel funcionario de la Universidad resultó ser una excepción. No sólo eso, sino un gran colaborador. Apenas echó una ojeada a la fotografía respingó y asintió:

—Conozco a ese muchacho. Es James Moreno. Bryant emitió un aliviado suspiro.

—¿Está seguro?

—Segurísimo. Es... era un gran muchacho, inspector, de veras. ¿Dice que lo han asesinado? Canallas... ¿Cómo puede suceder algo así? Este país nuestro está podrido.

Al parecer, no sólo conocía al muerto, sino que le conocía bastante.

—Un muchacho dinámico, alegre, excelente jugador de pelota base y buen deportista... Siempre contento, tenía muchas amistades, de chicos y chicas, pero, además, estudiaba... De su familia puedo contarle poco, creo que viven en la ciudad, sí. El padre trabaja en algo así como el petróleo... ¿Drogarse? ¿Qué dice?

James no era de éstos, se lo puedo asegurar. Conozco muy bien a los drogadictos, inspector, aquí hay demasiados. James estaba lleno de la alegría de vivir. Y no era capaz de causarle daño a una mosca.

En los archivos de la Universidad estaban los datos personales del muchacho muerto. Diecinueve años, estudiante de Química con buenas notas, un comportamiento general muy aceptable... y su domicilio, una calle de la parte Norte, cerca del canal.

Bryant dejó su coche en un estacionamiento cercano al domicilio de James Moreno, cruzó la calzada y entró en un edificio de cuatro plantas, subiendo a la tercera y llamando a la puerta marcada con el número 3. Le abrió un hombre de estatura y edad medianas, en camiseta, con una lata de cerveza en la mano.

—¿Qué desea?

Bryant le mostró su identificación y el hombre se puso en guardia, también nervioso.

—No entiendo... ¿Qué quiere de mí?

—¿Se llama usted Moreno?

—Sí.

—¿Y tiene un hijo llamado James...?

—¿Le pasa algo a mi muchacho? No me diga que hizo nada malo, porque no se lo voy a creer.

Suspirando, Bryant sacó la fotografía menos dramática. Y aún no se la mostró al hombre.

—¿Qué sabe usted de las andanzas de su hijo, señor Moreno? Especialmente ayer. El hombre estaba ya asustado. Y jadeó:

—El chico se fue con sus amigos a pasar el fin de semana en la frontera, igual que otras veces...

—¿Qué amigos?

—Pues... No sé... ¿Qué le ha pasado a mi hijo? ¡Contésteme! Vaciló y se puso gris al mostrarle Bryant la fotografía.

—¡James...!

—Lo han encontrado esta mañana, junto a la carretera, al sur de Sarita. Tendrá que venir a identificarlo.

El señor Moreno parecía haber envejecido de golpe veinte años.

—No... no es posible... Mi hijo... No puede ser... Mi hijo muerto...

Tuvo que sentarse, dejó caer el bote de cerveza, que se derramó por el piso, y se tapó el rostro con las manos, sollozando sin ruido.

Bryant respetó su dolor.

Por fin, el hombre alzó la mirada.

—¿Cómo... fue...?

—Asesinato. Le dispararon dos tiros en la nuca. ¿Su hijo se drogaba, señor Moreno?

—¿James? ¡Oh, no! ¿Cómo puede decir eso...?

—La autopsia ha revelado que tomaba drogas. Y en uno de sus bolsillos hallamos restos de heroína.

—¡Eso no puede ser! —Moreno se levantó con ímpetu. Estaba moralmente destrozado, pero su reacción parecía sincera. Bryant no le quitaba ojo.

—Es posible que se lo ocultara a su familia. ¿Es hijo único?

—No... Tenemos dos muchachas... Ellas... y mi esposa... han salido de compras, ahora me alegro, habría sido horrible que se enterasen de golpe...

—¿Podría ver la habitación de su hijo, señor Moreno?

—¿Para qué?

—Compréndalo. Le han asesinado brutalmente. Usted querrá que atrapemos a sus asesinos...

—¿Atraparlos? ¡Querría matarlos con estas manos! Mi hijo no era un drogadicto, señor, ni un delincuente, ni un malvado... No era de esos muchachos salvajes, todo el mundo se lo dirá. Era el muchacho mejor del mundo, siempre alegre y dispuesto a ayudar a cualquiera, sólo tenía amigos...

La habitación de James Moreno era muy vulgar. El padre trabajaba como capataz en la Oil Gulf. Un cuarto pequeño, típico de estudiante. Bryant la registró con la concienzuda eficiencia profesional, pero no halló ni rastros de droga. Sí abundaban las pruebas de que el estudiante asesinado era un tipo simpático, con muchas amistades, incluso femeninas. Una de aquellas fotografías, especialmente, llamó la atención del federal.

—¿Conoce a esta joven, señor Moreno?

—No... Debe de ser alguna amiga de mi hijo... Tenía muchas...

—Creo que será mejor dejarlo todo tal y como está, sin que nadie lo toque, señor Moreno. Y usted... bueno, tendrá que acompañarme a Sarita.

Antes hubo que pasar por el trago de anunciar a la madre y la hermana mayor de James Moreno lo sucedido. Naturalmente,

Bryant procuró ser suave y poner el máximo tacto, pero la trágica verdad había que decirla. La madre se desmayó y a la hermana le faltó poco. Mientras se reponían, llegaron dos agentes federales llamados por Bryant, uno de los cuales quedó con las mujeres para interrogarlas cuando estuvieran en condiciones de contestar preguntas, mientras el otro se llevaba una serie de direcciones para visitar amistades del estudiante muerto. El propio Bryant se reservó unas cuantas.

La rutina del trabajo, también un mínimo de caridad no en pugna con el deber, lleváronle de nuevo a Sarita, donde el señor Moreno identificó a su hijo. El *sheriff* local tenía poco que decir.

—Vinieron los de la Criminal y tomaron moldes de las huellas, recogieron muestras del terreno y también se han llevado las ropas... De modo que el chico tenía una excelente fama... No me sorprende, encaja con la impresión que me causó y me considero buen observador de hombres.

Bryant regresó a Corpus Christi solo. Tomó un bocadillo y un par de cervezas en una taberna y luego se dedicó a visitar gente.

Desgraciadamente casi todo el mundo se había ido de vacaciones. Pero encontró a una muchacha, a quien dio un tremendo disgusto.

—¿Que asesinaron a Jimmy? ¡Oh, Dios Santo, no... no es posible...! Cuando se repuso, la muchacha aquélla se explayó.

—Era el más simpático, la mejor persona del mundo... Y tan galante con las chicas siempre... ¿Que si tenía éxito? ¡Pues claro! ¡Con él una podía ir a gusto y tranquila! Quiero decir que no era uno de esos tipos sucios que de inmediato pretenden hacer el amor...

Se asombró e indignó al escuchar lo de las drogas.

—¡James no era un drogadicto! Ni siquiera había fumado marihuana. Es más, detestaba y despreciaba a quienes lo hacían...

Era ya tarde cuando Ross Bryant, fatigado, con la cabeza doliéndole y lleno de mal humor, se personó en el despacho del jefe de la División de Narcóticos en Corpus Christi.

—Un caso oscuro y difícil, por no decir algo peor —gruñó—. No me gusta nada.

—He hecho que me trajeran copia de la investigación. Y tampoco me gusta. ¿Cuál es su opinión, Bryant?

—Aún no la he formado. Pero los hechos son un rompecabezas sin sentido. Tenemos a un estudiante de diecinueve años al que alguien ha asesinado de dos tiros en la nuca, al estilo de las ejecuciones nazis y rusas de hace un cuarto de siglo, no como resuelven sus asuntos los contrabandistas de drogas por aquí. Pero el chico presentaba pinchazos hipodérmicos y había señales abundantes de droga en sus vísceras, también hallamos polvo de heroína pura en el fondo de uno de sus bolsillos. Sólo que todos cuantos le conocían bien, desde su familia a sus amigos, juran y perjuran que no se drogaba, más aún, que detestaba a los drogadictos. Un muchacho alegre, simpático, juerguista, buen estudiante, sin ficha policial, la clase de tipo que a uno le cae siempre bien porque es instintivamente un antídoto contra el tedio... Le gustaban las chicas y tenía un gran partido con ellas, pero no por eso, y es un gran detalle, se malquistaba con los hombres. Al parecer era un romántico haciendo al amor, sabía tratarlas, al parecer, también, era un carácter apacible, lo contrario al buscapleitos. El propio *sheriff* de Sarita insiste en ese detalle, fue quien aplacó a sus amigos, se disculpó y logró que la cosa no pasara a mayores cuando alborotaron hace unas semanas en un bar de allí. La cosa no tiene sentido.

—¿Una doble vida?

—Ya he pensado en eso. Y no hallo indicios, aunque debe haberlos. Por el momento hemos interrogado a todos los que, conociéndole bien, se encuentran en Corpus Christi; todas las declaraciones coinciden. Y si llevara una doble vida, por fuerza alguien debería haber notado algo...

—Puede que se lo callen.

—Puede. Pero no me dio esa impresión.

—Tuvieron que asesinarlo por algo...

—Sin duda. Y es lo que me propongo averiguar. Dormiré unas horas y me iré a Brownsville temprano. Parece ser que al muchacho le gustaba acercarse a la frontera para disfrutar. Tal vez allí encuentre la pista que necesito.

—Ya envié allí a Cubedo. Le estará preparando el camino.

—Me alegro. Y ahora, con su permiso, iré a echarme. Me duele la cabeza y estoy de veras cansado, hoy troté de lo lindo ganándome el sueldo.

Estaba malhumorado, eso era todo. Lo estaba porque algo no encajaba en el crimen que tenía entre manos. Algo y aun «alcos»... se lo decía su instinto profesional.

Se fue derecho a su departamento en Comanche Street, se tomó dos pastillas de analgésico y se fue a dormir. Pero no pudo dormir. Hacía demasiado calor, había demasiada electricidad en el aire; o al menos eso le parecía a él. Estaba enervado, molesto e inquieto.

Un joven estudiante de inmejorable fama asesinado de dos tiros en la nuca al borde de una carretera, de madrugada, y que llevaba heroína pura en el forro de uno de sus bolsillos, cuando todos afirmaban que era enemigo acérrimo de los drogadiclos...

Algo fallaba, algo gritaba una nota discordante...

CAPÍTULO III

Brownsville es una agradable población fronteriza, además de una población de las más cargadas de historia en Texas. Allí se libraron en sus inmediaciones las acciones de Palo Alto y Resaca de Guerrero durante la guerra contra México, en 1846; también la última batalla de la Guerra Civil, los días

12-13

de mayo de 1865. Ahora cuenta unos sesenta mil habitantes, comercia activamente con México, tiene fábricas de tejidos, productos alimenticios y material de prospección petrolífera, así como pesquerías de camarones. Está a doscientos diez kilómetros de Corpus Christi y el río Grande la separa de su vecina Matamoras, mucho más importante que ella.

Ross Bryant había estado allí dos o tres veces y la conocía bastante bien. Ahora no estaba de humor para hacer turismo. Dejó el coche ante la jefatura de policía local y entró aprisa, preguntando por el despacho del *sheriff*.

Su colega, el agente Cubedo, se encontraba allí, esperándole. El *sheriff* Trumbull tenía abuelos mexicanos y eso dábale una veta de indolencia que no podía resultar más engañosa.

—Desde que recibimos su petición nos hemos movido mucho, inspector Bryant —le informó con su arrastrado acento del sur de Texas—. Y sí, ha resultado sobremanera fácil hallar información de ese muchacho, Moreno. Sólo que no va a servirnos para mucho...

—El muchacho era bastante conocido en algunos de los locales de diversión, tanto aquí como en Matamoras —añadió Cubedo—. Y en todos ellos hemos obtenido idéntico informe. Un muchacho estupendo, alegre, simpático, jaranero, pero que nunca provocó problemas y cuando se presentaban se escabullía aprisa. No he podido obtener tampoco la menor prueba de que fuese drogadicto, mucho menos de que traficara con drogas.

—Usted sabe que a los contrabandistas de drogas les resulta muy difícil pasar por aquí, Bryant. Mis hombres y los de su colega Ferreres trabajan duro y saben detectar a esa gentuza, hace ya mucho tiempo que eluden Brownsville.

—Un muchacho de gran fama y conocido como enemigo de la droga podría resultar un excelente «correo», Trumbull.

—Sí. Pero ese chico... Mire, hay un par de mis hombres que le conocieron y se han llevado la gran sorpresa al saber lo que le ha sucedido, no se lo acaban de creer. Si quiere hablar con ellos...

Bryant quería. Deseaba reunir el máximo posible de pruebas, datos, para hacerse un completo estudio del muerto y ver de hallar la nota falsa, el detalle discordante... caso de que existieran.

Los dos policías fronterizos se mostraron unánimes.

—Mire, inspector, llevo quince años peleando con gente de todas clases, aquí, en Laredo y en El Paso, creo conocer un poco a las personas... y sobre todo a los drogadictos. Ese muchacho no lo era y tampoco un criminal. Más bien yo diría que pecaba de pusilánime, sin llegar a cobarde...

—El chico era simpático, juerguista y sabía gastarse su dinero; pero rehuía las broncas y los problemas. Sé que no tomaba drogas, en cierta ocasión le escuché discursar contra quienes las toman, por cierto con mucha facilidad de palabra.

Un lento y fatigoso recorrido por los establecimientos de diversión de la ciudad, muchos y casi todos ellos regentados por personas muy poco o nada dispuestos a colaborar con la policía, no trajo absolutamente ninguna luz a la investigación.

—Sí, era cliente. Solía presentarse por aquí algunos fines de semana, con amigos de su edad. Buen cliente y buena persona, muy simpático. ¿Drogas? No me lo parece, yo, al menos, nada advertí...

—Era muy divertido, siempre estaba en vena. Y lo bueno que tenía era que nunca se emborrachaba ni se ponía pesado. Las mujeres se le daban bien...

—¿Quién les ha dicho que se drogaba? Debe ser un error. Recuerdo muy bien su aversión a las drogas. La única vez que casi se peleó fue por eso, con un tipo que quería venderles a él y sus amigos...

Ya era el mediodía, un mediodía abrumadoramente caluroso, cuando la primera pista apareció.

—Sí, estuvo aquí. Con una muchacha. Por cierto que ella era poco común...

La descripción de aquel hombre fue muy completa, demostró que se había fijado.

—Alta, esbelta, morena, de grandes ojos claros... Tenía una forma de hablar especial, uno diría que era cubana, o algo así, pero su inglés resultaba bueno... Tomaron dos habitaciones, pero es cosa normal, eran aledañas y se comunicaban. Naturalmente que hacemos firmar en el libro registro. Pero no nos preocupamos demasiado por comprobar si el nombre es correcto, cuando se trata de parejas...

Habida cuenta de que estaban en Matamoros, al sur del río, la cosa resultaba comprensible.

—Ellos cenaron en el restaurante de Mario, recuerdo haberles oído decir que iban a hacerlo así. Estuvieron de regreso temprano, antes de las onces, porque a esa hora dejó el servicio y aún estaba aquí cuando me pidieron las llaves... Parecían muy enamorados, él sobre todo, recuerdo que pensé en lo bien que iban a pasarlo, él sobre todo... No la vi marcharse, pero sé que ella se fue sola, me lo comentó el que lleva el turno de noche...

El que tenía el turno de noche fue también explícito, acaso porque a Bryant lo acompañaba un inspector de la policía mexicana.

—Sí, me acuerdo bien. A él le llamaron por teléfono serían las doce escasas. Era un hombre, un gringo... Bajó pronto, parecía preocupado, y no volvió. Seguro, inspector, no regresó. La mujer se marchó a las siete de la mañana, sola, iba también como preocupada... Pensé que debían ser una de tantas parejas clandestinas como vienen a disfrutar de un fin de semana a México y que tal vez alguien avisóles de la llegada del marido...

En el restaurante de Mario la pista sólo se reforzó, sin aportar ningún nuevo detalle.

—Habían venido varias veces, no lo recuerdo, dos o tres. Ella es muy guapa y él un tío simpático... No, cenaron solos, nadie se les acercó, no tuvieron llamadas tampoco.

Aunque a ambos lados del largo puente de pago que embrida al río Grande entre Matamoros y Brownsville hay sendas aduanas, la realidad es que los aduaneros se fijan muy poco en quienes cruzan

de un lado para otro, pues el tránsito es muy grande casi a toda hora. No obstante, la paciente labor de los federales, terminó por dar sus frutos.

—Sí, me acuerdo. Más que nada porque casualmente me fijé en él al verle con la muchacha horas antes... Llegó solo, parecía inquieto y preocupado durante la revisión, dijo que retornaba a buscar una medicina que no había en Matamoros, para un amigo... Eran más o menos las doce y media...

Pero allí se cerró el círculo. Todas las investigaciones no pudieron pasar más adelante. Bryant dejó a dos de sus hombres husmeando a ambos lados del río y retomó a Corpus Christi. La noche anterior sólo había dormido cinco horas, se había tragado quinientos kilómetros al volante y había pasado diez horas de continuo movimientos indagando, en un día de duro calor húmedo, cuando penetró de nuevo en el despacho de su jefe.

—Y eso es todo. James Moreno llegó acompañado por una espléndida mujer joven a Matamoros, formaban una pareja de enamorados al parecer. Ella dio el nombre de Cinthya Clancey, pero probablemente es falso, ya mandé investigarlo. Se comportaron todo el tiempo como lo hacen las parejas de enamorados y se fueron temprano a la cama. Sin embargo, apenas una hora después a él le llamó un hombre, al parecer norteamericano, con urgencia, por teléfono. Y debió ser cosa lo bastante grave como para obligarlo a abandonar su grata compañía, bajar y, eventualmente, regresar a nuestro país sin avisarle nada a la muchacha. Al menos dos personas, una de ellas agente aduanero, afirman que iba nervioso y preocupado. Por la aduana pasó más o menos a las doce y media. Según los resultados de la autopsia lo asesinaron entre las doce y las dos de la madrugada, a ciento diez millas al Norte de Brownsville. Iba solo al cruzar la frontera, pero dos tipos se le reunieron en alguna parte de Brownsville, obligándole a seguir al Norte. No debieron sobrepasar la velocidad-límite, así pues forzosamente tuvieron necesidad de hora y media, como mínimo, para llegar al punto del asesinato a las dos de la madrugada. Y yo me pregunto por qué tuvieron que llevarlo tan lejos de la frontera para pegarle dos tiros en la nuca, por qué el muchacho llevaba al morir una camisa a cuadros azules y blancos, y unos pantalones verdosos, cuando al dejar el hotel llevaba una camisa blanca de manga corta

y unos pantalones grises.

—Sí que es extraño, desde luego...

—Todo es cada vez más raro en ese asunto. ¿Por qué dejó a su amada a medianoche para acudir a una cita y luego regresar al territorio norteamericano con la tonta excusa de ir a buscar un medicamento que no había en Matamoros? ¿Por qué, si lo llamó un hombre, iba solo en el coche? ¿Qué se ha hecho del automóvil? No era el suyo, eso lo sabemos; o pertenecía a su amiga o lo alquilaron para el viaje. Pero ella se marchó por la mañana, temprano, sin denunciar a nadie su desaparición...

—Y eso nos llevaría a un crimen pasional...

—Sólo que no puede ser un crimen pasional. Los crímenes pasionales suele cometerlos uno solo, sin cómplices ni tampoco a sangre fría. Un criminal de esa índole se lo habría llevado, como mucho, hacia dentro de México, liquidándolo en cualquier camino solitario. Pero unos traficantes de droga le habrían dado un golpe en la nuca, tirándolo después al río para que la corriente se lo llevara al mar y lo hiciese derivar hacia aguas territoriales mexicanas. En cambio se tomaron muchas molestias para sacarlo de la cama y los brazos de su amiga, hacerle cambiar de ropas, retornar a este país, capturarlo y traerlo más de cien millas al Norte, pegándole dos tiros en la nuca...

—¿Cuál es su idea, Bryant?

—Tengo muchas y ninguna me gusta, entre todas me han alzado un tremendo dolor de cabeza. Me marchó ahora a dormir, porque lo necesito, estoy agotado. Mañana será otro día... ¿Aquí se pudo averiguar algo?

—Nada de nada, salvo una abrumadora unanimidad con respecto al muchacho. Ni drogas ni violencia...

—Ahora ya sabemos que están en lo cierto. El pantalón que llevaba puesto no le pertenecía, por tanto, los restos de heroína en su bolsillo nada tienen que ver con él. En cuanto a la droga en sus vísceras y los pinchazos... tengo una teoría.

—¿Le pincharon adrede?

—Es muy posible. Y también puede ser que estuviera inyectándose algún medicamento normal, que ellos advirtieran las señales, o tuviesen conocimiento de lo que hacía, y aprovecharan para hacerlo pasar por drogadicto. En fin, es todo un galimatías, por

ahora. Y me duele demasiado la cabeza...

CAPÍTULO IV

Durante las veinticuatro horas siguientes, el inspector Bryant y su pequeño grupo de ayudantes no consiguieron absolutamente nada en el asunto de James Moreno. Era cual si hubiesen llegado a una pared lisa en un callejón. De Houston llegaron informes negativos, no estaba fichado. Cuantas personas le conocían y tenían tratos con él afirmaban lo mismo, era una magnífica persona y detestaba las drogas. Era la antítesis del *hippie*, del drogadicto, del «muchacho salvaje».

Sólo quedaba un hilo en aquella enredada madeja. Bryant ya había pensado en él cuando conoció la historia de lo ocurrido en Matamoros. Tras dormir ocho horas de un tirón, ponerse en manos del masajista de la oficina y recuperar así su buen estado físico y mental, visitó el abatido hogar de la víctima y solicitó de sus padres aquella fotografía de mujer que encontrara en su registro de las pertenencias de James Moreno. Ni la madre ni las hermanas sabían quién era ella, pero algo sí tuvieron que decir.

—James me dio la impresión de haber cambiado últimamente, como si se hubiera enamorado...

—No puedo asegurarlo, pero mi hermano debía estar enamorado. El era muy alegre, pero muy romántico, también. Muy a menudo decía que el amor era cosa demasiado seria para tomarla como un juego...

No hubo forma de localizar a la muchacha.

—Esta ciudad no es tan grande como para que una chica así pase desapercibida.

No era una universitaria, eso resultó fácil comprobarlo. Pero no había nadie, al parecer, que la hubiera visto jamás en Corpus Christi.

—Tengo la corazonada de que está implicada en el asunto, sea quien sea. Pero tanto mis hombres como yo hemos recorrido la

ciudad mostrando su fotografía a los amigos de James Moreno, en establecimientos públicos... y nada, no la conocen, no la vieron nunca. Una belleza así no puede pasar desapercibida.

—Hum... Tal vez ella no resida en Corpus Christi...

—Ya lo pensé. También hemos indagado en Brownsville. En cinco lugares la han reconocido y en todos afirmaron que la acompañaba Moreno. Por lo menos en tres ocasiones durante los últimos dos meses pasaron sendos fines de semana en Brownsville. Y eso apunta a un idilio clandestino, pero de ningún modo encaja con el tráfico de drogas.

—O sea, que debemos dejárselo a Homicidios.

—No. Tengo el presentimiento de que la droga forma parte del juego. Deme algún tiempo antes de hacer eso.

—No podrá ser mucho...

Bryant lo sabía. Homicidios reclamaría sus derechos y Narcóticos debería inhibirse de la investigación. Pero él la había iniciado y no quería soltarla, era un reto a su eficacia, a su amor propio...

Transcurrieron otras veinticuatro horas decepcionantes. Y luego:

—Bryant, creo que hay algo que puede interesarle... Se apresuró a personarse en el despacho de su jefe.

—¿De qué se trata?

—En San Antonio ha desaparecido una mujer. Una modelo de origen cubano, maniquí de alta costura. Nuestros compañeros de San Antonio han hecho circular su fotografía y descripción. Tome.

Era ella. Sin lugar a dudas... Bryant respiró hondo y luego miró a su jefe, que asintió con leve sonrisa:

—Tenía razón en su corazonada. Esa mujer parece estar implicada en el tráfico de drogas.

Norma Villalba Henderson, de veintiún años, soltera, nacida en Santiago de Cuba, de padre cubano y madre norteamericana, maniquí profesional... Los datos golpeaban como campanadas el cerebro de Bryant... Llevaba varios meses residiendo en uno de los hoteles más lujosos de San Antonio y trabajaba para una casa de alta costura. Aunque ganaba un buen sueldo, pues se la consideraba una excelente maniquí, nunca le hubiera permitido aquella *suite* en el Conquistador Hotel. Pero ella era la entretenida de Lyman Connally. Y Lyman Connally, eso lo sabían todos en el

departamento de Narcóticos, era uno de los jefes de una de las tres más poderosas organizaciones de traficantes de drogas estupefacientes en el rico y vasto estado de Texas.

—Al parecer hace ya cinco días que ha desaparecido. Salió de su hotel como otras veces, llevándose su propio coche, un «coupé» descapotable blanco de la marca «Cadillac». El propio Connally ha denunciado, indirectamente, a la policía su desaparición.

¿Qué le parece a usted, Bryant?

Bryant estaba pensando muy aprisa. Hizo una mueca.

—Lo mismo que a usted. Me huele a jugada sucia de Connally. Y sin embargo... Me voy a San Antonio.

La histórica ciudad de San Antonio de Texas hace ya mucho tiempo que dejó de ser la plácida metrópoli rural de la más vieja Texas, un marco para historias del Oeste violento y lejano. Incluso el más venerado actualmente de sus edificios, la misión de El Alamo, parece como un viejo indio pobre y avergonzado, encogido a la sombra de palmeras, en la abrumadora compañía de los rascacielos que la rodean. Con cerca de setecientos mil habitantes, es un activísimo centro industrial y una popular estación turística de invierno, donde los visitantes turísticos se dejan más de cincuenta millones de dólares cada año. Ross Bryant se dejó en Corpus Christi el automóvil y tomó un avión que lo dejó; en poco tiempo en el aeropuerto municipal de San Antonio. Allí le esperaban dos hombres, el inspector Reina, de Homicidios, y el inspector Surtees, de Narcóticos. Se conocían y mientras iban a la ciudad comentaron el asunto.

—No creo que Connally haya hecho asesinar a su amiga. A ese muchacho, sí, desde luego, es muy posible. Pero no a su amiga, por la sencilla razón de que está loco por ella.

—Tampoco yo creo que esté muerta, sino más bien que se ha escondido por miedo a morir. Connally es un mal bicho y debe estar ciego de ira al saberse traicionado.

—Éste es un asunto enrevesado. Conozco a Lyman Connally lo bastante para no comprender por qué hizo retornar a ese estudiante a nuestro país. Si hubiera encargado del asunto a dos hampones mexicanos, en la propia tierra de México, él habría podido lavarse las manos, jurar siempre que nada tuvo que ver con el asunto...

—Dos tiros en la nuca... No me convence. Bryant, usted ha

tenido ocasiones de lidiar con Connally. ¿Cree que es eso lo que haría con un muchacho que le hubiera birlado la amiga?

—Llevo cuatro días preguntándome dónde encaja esa brutal manera de matar.

—Todas las formas de matar son brutales, pero ésa no es la marca especial de Connally. Tiene su sistema, una dosis de droga muy elevada y un automóvil lanzado a gran velocidad por una pendiente, que se incendia acto seguido de chocar. Uno casi puede apuntar con el dedo a un asesinato ordenado por Connally, de veras.

—En este caso tercia el factor pasional...

—Ahí está el «quid». O Connally se ha vuelto diferente o ignoraba que su amiga se la estuviera pegando.

—¿Están seguros de eso?

—Hemos investigado, pero naturalmente ya teníamos mucha información acerca de esa *liaison*. Connally conoció a Norma Villalba en Houston, con ocasión de acompañar a su propia esposa a un pase de modelos. No es nada usual que suceda, pero a veces ocurre. Como usted sabe, ella es hermana de Sam Harrold y Harrold controla prácticamente todo el tráfico de drogas en este Estado, tiene como socios a gentes muy poderosas y casi intocable. Connally llegó hasta donde está porque se convirtió en cuñado de Harrold y el día en que Harrold le retire el respaldo, cosa que ocurriría si se divorciara de su esposa, la vida de Connally no valdrá un níquel. Hay un curioso lazo de unión en ese matrimonio, la mujer siente una pasión morbosa, de tipo patológico, por Connally, algo realmente valioso para él. Con tal de retenerlo a su lado le consiente que mantenga amigas, pero siempre de un modo muy discreto, que a ella no la ponga en evidencia. Y por la cuenta que le tiene, Connally ha procurado siempre esa discreción.

—Precisamente eso nos hace suponer que no ha tenido nada que ver en el asunto de ese estudiante. Porque venir a solicitarnos que busquemos a Norma Villalba ha sido por su parte una peligrosa indiscreción.

—Tal vez crea que su cuñado metió baza en el asunto.

—Lo hemos pensado. Pero Harrold nunca hizo nada semejante con las anteriores amigas de Connally, está al corriente del pacto entre su hermana y su cuñado, él mismo tiene sus propias amigas y

no le da demasiada importancia a la cosa.

—Sólo que Norma Villalba no es como las anteriores amigas de Connally. Sospechamos que él ha llegado a enamorarse de ella en serio, con un amor que puede serle de lo más peligroso si su esposa llega a sospecharlo. Y Norma Villalba es una mujer más habilidosa, muy astuta, ha sabido manejarlo y mantenerse en una postura discreta.

—Es el tipo de mujer engañosa, Bryant. Yo la conozco, la he tratado personalmente. Guapísima, con un cuerpo felino y perfecto, una de esas bellezas del Caribe que vuelven loco a cualquiera, además refinada en Europa. Su padre está en una ergástula castrista desde hace diez años, si no ha muerto ya. Era un aristócrata, un diplomático. La madre, norteamericana, hija de un oficial de nuestra marina, tiene mucha sangre centroeuropea en las venas, el padre es un criollo. Quiero decirle que la muchacha es algo realmente explosivo. Tiene la voz de seda y la mirada de terciopelo, té provoca escalofríos en la nuca con una y otra. Parece de lo más dulce, tierno e indefenso, la clase de mujer por la que uno, para protegerla, se partiría el pecho... Pero le aseguro que sabe muy bien lo que quiere y cómo lo quiere.

—Ese muchacho, James Moreno, tenía diecinueve años y era alegre, romántico, sano, inocente...

—Entonces apueste a que Norma Villalba lo atrapó. Lo hizo con Connally, que es un tiburón...

—Connally le paga la *suite* del Conquistador y además colocaba todos los meses cinco mil en su cuenta bancaria, pero sólo iba a visitarla una vez a la semana y eso con absoluta discreción. El resto del tiempo le dejaba absoluta libertad, ni tan siquiera le puso un guardaespaldas. No lo hizo para que su cuñado no entrara en sospechas, llevó su precaución hasta mantener oficialmente a otra amiga, a la que también visitaba con asiduidad. Sólo que a ésa se limitaba a pagarle los gastos y darle quinientos mensuales.

—Quizá no logró engañar a Harrold...

—Tal vez. Pero Harrold no habría enviado a asesinar a ese estudiante, sino muy al contrario.

—Y eso nos devuelve al punto de partida...

—Hemos de andarnos con sumo cuidado, Bryant. De un lado, Connally está todavía convencido de que la Villalba ha sido víctima

de un enemigo suyo e ignora su *liaison* con ese estudiante, así como todo lo sucedido. Del otro, no caben dudas acerca de que quien mató al muchacho debe estar muy alerta y vigilando nuestros pasos, para tratar de descubrir lo que sabemos y así cubrirse. Harrold ya se hallará sobre aviso. La chica ha debido esconderse al no ver reaparecer a su amante y sospechar lo que le había ocurrido, pero Si es así, está en México ahora...

—Díganme, si pueden, quién llamó a James Moreno la otra noche a su habitación del hotel, qué le dijo para hacerle dejar a su amante en pleno goce amoroso y bajar a reunírsele, por qué Moreno se vistió otras ropas para regresar al norte del río, por qué no avisó a su amante lo que estaba haciendo o se proponía realizar, por qué trataron de hacerle pasar por drogadicto, cuando era notoria en Corpus Christi su repudio a las drogas, por qué lo trajeron cien millas al Norte y le pegaron dos tiros en la nuca. Cuando me aclaren todo eso, yo les diré que ya tenemos resuelto el caso.

Sus dos colegas cambiaron una mirada. Y Reina contestó:

—De acuerdo, Bryant, no tiene sentido...

CAPÍTULO V

El Conquistador alzaba sus catorce pisos en la esquina de las calles Culebra y Nogalitos. Todo en él era imponente y lo más impresionante de él eran sus precios. Cuando los tres federales entraron en el vestíbulo. Reina avisó:

—Hay un hombre de Connally ahí. Y también uno de Harrold. Se van a hacer muchas preguntas cuando lo identifiquen, Bryant...

Bryant lo sospechaba. Tanto Connally como Harrold no dejarían de preguntarse qué tenía que ver el departamento de Narcóticos con la desaparición de la bella maniquí y la muerte del joven estudiante de Corpus Christi, se lanzarían por aquel camino velozmente...

Y tal vez uno u otro cometieran el error, o errores, que ellos, los agentes federales, estaban necesitando para aclarar el caso. Por el momento debían seguir adelante por la única ruta abierta, aunque él, Ross Bryant, ya estaba perfilando su propia estrategia independiente.

Norma Villalba había ocupado una *suite* en el piso doceavo. Una de esas *suites* de película no aptas para mortales comunes. El encargado del hotel se hizo el remolón y hubo que echarlo con una ruda advertencia de que los inspectores deseaban quedarse solos.

—De todos modos no hay nada de verdadero interés aquí, mis hombres ya lo registraron todo. A no ser que consideremos de interés el hecho de no haber absolutamente nada que pueda darnos una pista.

Muchos vestidos, zapatos, ropa interior de la mejor calidad, bolsos, etc..., en el enorme armario. Sin duda Connally estaba enamorado y era muy generoso. Muchos objetos valiosos de tocador, perfumes franceses carísimos, *bibelots* y otros objetos de acusado gusto femenino... Aquella era una «bombonera» de superlujo, pero en cierto sentido muda, impersonal. Bryant abrió cajones, removió, husmeó... bajo la atenta mirada de sus colegas.

Reina parecía interesado:

—¿Qué busca, Bryant?

—¿De veras no lo han advertido?

—¿Advertir, qué?

—La absoluta falta de objetos realmente valiosos, de poco volumen y por tanto fáciles de transportar. Tampoco hay cartas, ni fotografías, ni siquiera un librito de notas. ¿O lo había?

Los otros cambiaron una mirada.

—Nada de todo eso. Pero bien pudo retirarlo Connally antes de avisarnos.

—Pudo. Pero si, como afirman ustedes, está enamorado de ella y no recela su traición, ¿a santo de qué retirar sus joyas, algunos de sus objetos de uso personal más íntimo, y cosas así? No tiene sentido.

—En efecto, no lo tiene.

—¿Averiguaron qué llevaba ella cuando salió del hotel?

—Sí. Una maleta pequeña y un *necessaire*. Dijo en recepción que iba a pasar fuera de la ciudad el fin de semana, pero no indicó dónde. Otras veces lo había hecho.

—¿Y dónde estaba ese fin de semana Connally?

—En Dallas, en una reunión con Harrold y otros «peces gordos». Regresó justo anteayer.

—O sea, que ella sabía que su «protector» no se encontraba en la ciudad ni tampoco estaría de regreso en varios días... Necesitaré comprobar algunos datos...

Calló, porque estaban entrando en la *suite*. Los tres federales se volvieron a la puerta que daba al saloncito de la misma, mientras allí resonaban pasos fuertes. Al poco, un hombre se enmarcó en la puerta de comunicación.

Era un tipo grande, semicalvo, con un rostro que no inspiraba simpatía, pero sí impresionaba. Vestía un elegante traje de verano, holgado, y su cara rubicunda, aparecía levemente sudorosa. Sus ojos, claros y muy duros, con grandes bolsas debajo, pasearon una inamistosa mirada por el trío de federales. Su boca era como su nariz, grande, corva la segunda. Un tipo violento, peligroso y habituado a mandar, aquel...

No venía solo, allí atrás, por lo menos, había un hombre, que se mantuvo, no obstante, en la salita. El recién llegado gruñó, con

imperio:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Hola, Connally —le contestó el inspector Reina, con frialdad—. Ya lo ve, investigamos. Usted mismo nos puso en marcha.

—¿Yo? —Connally pareció a punto de añadir algo agresivo, se detuvo y lo pensó mejor. Sus ojos duros, glaciales, se llenaron de lenta cautela y añadió—: ¿Qué tienen que ver los de narcóticos en este asunto?

—Desventajas de ser muy conocido, Connally —le contestó Surtees, con suavidad—. Cuando supimos que su amiga había desaparecido nos entró la curiosidad, eso es todo.

Lyman Connally respiró hondo. Pero los federales sabían que ahora no se iba a delatar.

Avanzó despacio y siguió mostrándose prepotente.

—Están perdiendo su tiempo ustedes. La señorita Villalba debe de haber sufrido algún accidente, o fue secuestrada...

—¿Por quién y por qué?

—¡Eso es lo que deben averiguar! Cobran su sueldo para hacer esa tarea, ¿verdad? Y yo pago mis impuestos, tengo derecho a exigirles eficacia...

—¿Quiere concretarnos su derecho, Connally? —Reina se mostró incisivo—. ¿Podemos contarle a la Prensa que usted es el amante de la señorita Villalba, la quiere mucho, muchísimo, y está loco de aprensión por la suerte que haya podido correr?

Le vieron acusar el golpe. Palideció, se estremeció, apretó boca y puños, le centellearon malignamente las pupilas... Luego estalló:

—¡No pueden hacer tal cosa, malditos sean! ¡Y si lo hacen les juro que tendrán que sentirlo!

—Usted lo lamentaría bastante más —le contestó Reina—. No iba a gustarle nada a su esposa, podría pedir el divorcio. Y tampoco le gustaría a su poderoso cuñado, ¿verdad?

Connally se batió en retirada.

—¿Están tratando de hacerme chantaje?

—Eso usted debe saberlo bien, Connally. Pero nosotros hemos sido simplemente avisados de la desaparición inexplicada de una joven y hermosa mujer, nos limitamos a comprobarla y tratar de encontrar indicios que permitan averiguar lo sucedido...

—¿Hacía ella muchos viajes a México, Connally?

Había sido Bryant quien preguntó. Hasta entonces se limitó a callar y observar a Connally. Éste, ahora, reaccionó con curiosa rapidez..., poniéndose muy en guardia.

—¿Viajar a México? ¿Y eso por qué?

—Le hice una pregunta, es usted quien debe contestarla.

—¿Y usted quién diablos es?

—Bryant, de Narcóticos. Tiene floja memoria, nos hemos visto ya un par de veces antes.

Connally no tenía floja la memoria. Pero Bryant hubiera jurado que se estaba sintiendo incómodo, desconcertado.

—Vaya... Sí, es verdad, había olvidado su cara. ¿Y qué hace en San Antonio? Creo que últimamente actuaba en Corpus Christi.

—No estamos en una reunión social, Connally, investigamos la desaparición de la señorita Villalba y usted pidió a la policía que la buscara.

—¡A la policía, no a ustedes!

—Nosotros tomamos el caso. Y ahora conteste, si quiere. ¿Ella viajaba a México?

—¿Y si me niego a contestar? No tiene nada que ver...

—Está en su derecho constitucional. Pero nosotros seguiremos investigando y, naturalmente, nos guardaremos el resultado de nuestras investigaciones.

Reina y Surtees le habían dejado la iniciativa y no quitaban a su turno ojo de Connally, que parecía estar sintiéndose como acorralado.

—Ya veo... —Gruñó tras breve silencio—. Conque es una encerrona, ¿eh? De acuerdo, yo no sé que ella haya ido nunca a México.

—Muy raro, ¿no le parece? Debía vigilarla discretamente...

—¡Tenía... tengo plena fe en Norma! Y escúchenme, si tratan de insinuar que ella me traicionaba...

—Tranquilícese, aún no insinuamos nada. Sólo queremos sentar premisas y concretar extremos. Así, usted no la vigilaba, luego ella podía moverse por donde quisiera con absoluta libertad, ¿es eso lo que quiere decirnos?

—¡Sí, eso es!

—¿Podía, entonces, viajar a México sin que usted se enterase?

Connally vaciló. Evidentemente no le gustaba nada el giro de la

situación. Sus ojos iban de un federal a otro con torvo recelo.

—Sí, podía...

—Gracias. ¿Suele ella contarle todo lo que hace cuando no están juntos?

—¿A qué viene esa pregunta...?

—Me gustaría tener una respuesta.

—¡Me lo contaba todo! Norma es... una niña, es encantadora, inocente... ¡Inocente he dicho, sí! ¡Me lo cuenta todo, sí...! ¡Y no diré una palabra más sobre nuestra intimidad!

¡Quiero que la encuentren enseguida! ¿Se enteran? ¡Enseguida...!

Cuando minutos más tarde los tres inspectores abandonaron el hotel, dejando al preocupado y nervioso Connally en la *suite* del piso doce, Reina hizo un comentario pausado, mirando a Bryant de reojo:

—Lo ha pinchado a fondo, Bryant. ¿Cree que dará resultado?

—Ustedes lo vieron como yo.

—Hum... Sí, se ha puesto nervioso. Y eso, en él, es algo excepcional. Ahora le estará dando vueltas a la insinuación de usted y no creo que tarde en hacer algo.

—Espera que cometa un error, ¿no es así, Bryant?

—Espero que me dé una pista. Yo no me voy a quedar en San Antonio, ustedes ya conocen el asunto con todos sus detalles y saben cómo bandeárselas aquí mejor. Así que regresaré a Corpus Christi. Vamos a mantenernos en contacto, necesito que vigilen a Connally, pero también a la gente de su cuñado. Connally ya se pregunta a qué santo los de Narcóticos hemos metido las narices en esto, no tardará en enterrarse del asesinato de James Moreno y conectarlo con la desaparición de su amiga. O mucho me engaño o eso lo llevará a Brownsville y Matamoros... donde pienso estar yo.

—De acuerdo. Intentaremos ayudarle...

Era todo lo que le podía prometer. En la Jefatura local, Bryant conferenció con los jefes de San Antonio y les expuso sus ideas, lo que a su juicio había sucedido.

—Pero puedo estar totalmente engañado y haber habido otros móviles para ese asesinato. Sólo tengo una fuerte corazonada, pero si resultara, tal vez nos permitiría poner las manos encima de Connally y, quién sabe, también sobre Harrold. Aunque admito que

eso sería demasiado bueno...

CAPÍTULO VI

—James Moreno y Norma Villalba eran amantes. Se conocieron en algún lugar que no es esta ciudad, no puede hacer mucho, volvieron a verse fuera de esta ciudad, se enamoraron fulminantemente, según las apariencias, y decidieron entrevistarse en Matamoros aprovechando todos los fines de semana en que Connally se encontraba fuera de San Antonio. Su romance se mantuvo en absoluto secreto gracias a que ella consiguió de Connally el que no le pusiera vigilantes y él nunca contó a nadie, ni siquiera a sus padres y hermanas, el idilio. Probablemente el gusto de James por los viajes a la frontera sólo fue una cortina de humo para mejor ocultar sus entrevistas con la Villalba. Ahora bien, ella residía en San Antonio, él en Corpus Christi. Y al parecer, en ninguna de ambas poblaciones, en ésta al menos, se les vio nunca juntos...

Bryant estaba delante de su jefe y ambos a solas, en el despacho del segundo. Era medianoche.

—¿Cuál es su esquema mental, Bryant?

—Éste: Averiguar la fecha exacta en que ellos pudieron conocerse y el lugar donde tal cosa sucedió. Para eso tendremos que buscar hacia atrás, no muchos meses, creo que menos de seis, en la vida de James. No creo que el muchacho haya hecho muchas salidas en ese tiempo, no disponía de tanto dinero. Surtees y Reina van a tratar de averiguar cuándo pudo la Villalba tropezarse con James Moreno. La intersección de ambos en un mismo lugar y la misma fecha nos dará el punto de partida. Luego vamos a seguir conectando las escapatorias de ella con las de él. Han tenido que entrevistarse más de las tres veces que conocemos, y en otros lugares. Sabemos que llegaban juntos a la frontera, pero sin duda partían solos de sus poblaciones de residencia. Esto reduce mucho los lugares a investigar. Robstown, Alice, Kingsville, Falfurrias y

Riviera son, con toda seguridad, los únicos lugares posibles para que se reunieran, siguiendo después camino juntos. En una o tal vez varias de esas poblaciones tenemos que encontrar la conexión.

—Creo que está en lo cierto. ¿Cuándo irá a averiguarlo?

—Mañana temprano. Me llevaré a Frades y a Thorne.

Alice es una pequeña ciudad de veintitrés mil habitantes, capital del condado de Jim Wells, situada a cuarenta y cinco millas al oeste de Corpus Christi. Nudo de carreteras, en ella se cruzan la nacional 281, que baja desde San Antonio a la frontera del río Grande siguiendo el antiguo «Camino de Texas», que abrieron los misioneros, y la estatal 44, que va desde Corpus Christi a la población ganadera de Freer. La ciudad es bastante vulgar y ha crecido rápidamente en las últimas décadas, desde su origen como uno de tantos villorrios de las tierras ganaderas.

Ross Bryant llegó a ella a las ocho y cuarto de la cálida mañana. A las nueve menos cuarto ya tenía en sus manos el hilo de una nueva pista y confirmadas sus suposiciones.

—Desde luego que sí. Los dos son difíciles de olvidar, él por simpático y ella por guapa. Hacen una buena pareja... No vienen muy a menudo, pero al menos media docena de veces sí creo... ¿Han hecho algo malo? Me resultará difícil creerlo.

—Se lo han hecho a ellos. Lo mataron y ella ha desaparecido.

—Vaya... Cada día estamos peor en este país... Algún tipo de éstos con barba y melenas, sin duda... Lástima, lo siento, porque ya le dije que era de lo más simpático. Y porque parecían muy enamorados... Desde luego no eran de por aquí, ella llegaba en un coche blanco, corriente, y él solía hacerlo, al menos una vez le vi apearse, en el autobús de línea de Corpus Christi. Salvo una vez, él llegaba primero, pedía una cerveza y luego contaba algunos chistes o hacía algún comentario divertido... Ella siempre tomaba café negro. Se quedaban un rato hablando y luego se marchaban.

Habían hecho de aquel bar, en la confluencia de carreteras su punto de reunión. En la cercana estación de gasolina se lo confirmaron.

—Siete u ocho veces, sí... El coche es un modelo del año pasado, blanco, con ruedas Firestone, un tanto gastadas las delanteras. Había sido repintado recientemente. Tomaban gasolina y pagaba ella... Unas veces los vi irse hacia el sur, pero al menos dos fueron

hacia Laredo...

Era un dato importante. Bryant subió a su coche y marchó a Laredo. Eran cien millas por una carretera de segundo orden.

Laredo, fundada hace algo más de dos siglos sobre la orilla izquierda del río Grande, para asegurar el paso a Texas desde Monterrey y México, ha sido siempre, por su condición fronteriza, una ciudad turbulenta. Hoy día prospera por el turismo, ya que es lugar de paso forzoso para quienes por la carretera Panamericana van a México, tiene fábricas de conservas, refinerías de petróleo, fundiciones de antimonio y talleres ferroviarios, en sus cercanías hay yacimientos de petróleo y gas natural; pero conserva su marcado carácter de ciudad «dura». Sus sesenta y cinco mil habitantes son muy mezclados. Como ocurre con Brownsville y Matamoros, al otro lado del río se alza una ciudad mexicana que casi le dobla la población, es más atractiva, alegre y peligrosa, Nuevo Laredo. Ambas están unidas por un puente de ferrocarril y el de la Panamericana. La tercera parte justa de las importaciones mexicanas entran por esos dos puentes, sale, la vigésima de sus exportaciones y, también por allí, pasa la mayoría de la emigración legal. Todo eso hace del conjunto de ambas poblaciones un sitio de lo más conveniente para acumular diversión, vicio y crimen.

Bryant había estado varias veces ya en Laredo y ahora buscó ayuda en sus colegas de allí, los cuales, naturalmente, ya conocían el caso.

—Puedo asegurarle que conozco a la muchacha. No hace ni tres semanas que la vi —aseveró un joven subinspector de Narcóticos al echarle una ojeada a la colección de fotografías—. Me llamó la atención por su belleza y también porque iba acompañada de un tipo bastante sospechoso.

—¿Un tipo sospechoso?

—Sí. Se llama Sagerton y recelamos que pasa marihuana en grandes cantidades a través del río. Es un delincuente profesional que ha cumplido ya dos condenas por contrabando de estupefacientes y una por trata de blancas, todo un angelito.

—¿Están seguros de que se trataba de él?

—Figúrese, no le quitamos ojo. Ese día yo efectuaba un recorrido por los alrededores del río y el puente internacional, con otro compañero. Los vimos primero dentro de un automóvil

detenido junto a la acera y, media hora después, salir de determinado bar, en cuya parte alta tienen habitaciones para parejas clandestinas. Recuerdo muy bien cómo comentamos el que una belleza así anduviera con una rata como Sagerton...

—¿Podría acompañarme a ese bar?

—Claro que sí...

La calle era vulgar tirando a sórdida, pero con algunos edificios modernos de mejor aspecto que el resto. Abundaban los almacenes y el tráfico. Sin embargo, el calor limitaba mucho las actividades. Cuando los dos federales entraron en aquel bar, sólo había cuatro o cinco clientes, gente toda de poco más o menos. El propietario, un camarero negro y una moza de aspecto meridional, no parecían tener demasiado quehacer. Tampoco parecieron demasiado contentos con la visita de los inspectores, incluso al pronto el propietario negó conocer a la muchacha Villalba.

—Basta de eso, Marklin —le avisó el acompañante de Bryant—. Yo mismo la vi salir de aquí con Sagerton hace unos días.

—Investigamos un homicidio, amigo —añadió Bryant, suave—. Usted debe conocer las penas en que incurre quien dificulta la investigación de ese género...

El hombre las conocía y, a regañadientes, dio su información.

—Tengo el negocio para ganar dinero... Sí, ellos han estado aquí algunas veces...

—¿Satisfecho, Bryant? —inquirió su acompañante cuando regresaron a la calle. Bryant denegó, ceñudo:

—No y sí. Me había formado otra imagen de esa muchacha.

—Las mujeres suelen ser así de decepcionantes, usted lo sabe, cuando se rasca por debajo de su atractiva superficie. ¿Cree que Sagerton haya podido asesinar a su joven rival?

—Lo dudaría mucho. ¿Usted qué opina? ¿Le conoce?

—Ya le dije, es una rata. Un completo canalla, un mal bicho, también un cobarde y un *maquereau*. No creo que llegue nunca al asesinato por una mujer.

—¿Para quién trabaja?

—Sospechamos que para Lyman Connally.

—Vamos a darnos un amplio recorrido por toda esta parte del río. Quiero que me lleve a todos los lugares donde una muchacha como ésa podría reunirse con un tipo como Sagerton. A propósito,

¿está él en la ciudad?

—Hace cinco días que no le hemos visto el pelo.

—Cinco días... Justos los que hace que asesinaron a James Moreno... ¿A dónde pudo ir Sagerton?

El otro hizo un gesto expresivo.

—A mil sitios. Seguramente estará en México...

Y mil sitios había en Laredo donde una muchacha como Norma Villalba podía reunirse con un hombre como Sagerton..., y un muchacho como James Moreno. Pero los agentes federales saben ser pacientes. Bryant se puso en contacto con su jefe en Corpus Christi y éste con el del FBI en Texas. Los resultados se notaron muy pronto.

En no menos de ocho establecimientos de la orilla norte del río Grande fueron identificados la Villalba y James Moreno como habiendo pasado por allí en los tres meses últimos. Debía haber otros tantos, al menos, donde prefirieron hacerse los locos. También en nueve de los establecimientos de la orilla norteamericana habían estado la Villalba y Sagerton durante los tres meses últimos.

Pero fue más fructífera la visita al sur de la frontera. Allí los datos aumentaron como espuma.

—Perdió ocho mil dólares en una noche.

—¿Llevaba tanto dinero encima?

—No. Pero hizo una llamada de larga distancia.

—¿A quién?

—A un amigo suyo que la respaldó. He olvidado su nombre.

El propietario de aquel garito sabía muy bien que las autoridades mexicanas, a lo sumo, podrían meterlo en la cárcel unos meses, o años, pero que el «protector» de Norma Villalba podía meterle, o hacer que le metieran, mucho plomo candente en el cuerpo. Sin embargo, había dado el dato...

—Me parece que hemos encendido el fulminante de una mina que al estallar va a hacer volar muy alto a Lyman Connally —gruñó Bryant cuando salieron de allí.

—¿Harrold?

—No puede gustarle nada ese asunto y suponiendo que su hermana, la esposa de Connally, averigüe que la *liaison* de su marido con Norma Villalba era para él algo más que un simple capricho pasajero, eso podría situar a Connally en muy difícil

posición.

—Ojalá lo revienten prontito...

Bryant sostuvo una nueva conferencia con su jefe de Corpus Christi.

—Norma Villalba está resultando cada vez más interesante. He descubierto que desde hace varios meses, prácticamente desde que se enredó con Connally, ha venido efectuando escapadas a la frontera, sobre todo a los garitos de Nuevo Laredo. Tiene el hábito de apostar fuerte y ha llegado a perder gruesas sumas de dinero, que Connally le ha respaldado siempre. Otras veces ganó... Además, está o estaba liada con un hampón barato, una especie de *maquereau* indecente, llamado Sagerton, cosa que carece por completo de sentido dados los antecedentes de él. Sospecho que Sagerton es sólo una pantalla, o bien, un hombre de paja de alguien más importante. Y cada vez tiene menos lugar en toda esta trama el pobre James Moreno. No encaja en absoluto, aunque es cierto que él y la Villalba han sido vistos a menudo a ambos lados del río dando la impresión de ser enamorados. Dos veces, al menos, ocuparon habitaciones aledañas en uno de esos hoteles que no hacen preguntas molestas a la clientela...

—Tengo aquí copia de la ficha de Sagerton. Trabaja, se cree, para Connally, desde hace exactamente un año. Antes cumplió dos y medio por trata de blancas...

—Todo eso lo sé. Y ha desaparecido de Laredo justo desde la víspera de la fecha del asesinato del joven estudiante. ¿Qué hay de Connally?

—Está siguiéndole los pasos a usted. Y ha enviado a sus hombres a Matamoros y Brownsville, los de más confianza, para averiguar lo sucedido. Mi opinión personal es que ignoraba la traición de su amiga con James Moreno. Además, hay indicios de que Connally está asustado. Su cuñado debe haber tomado cartas en el asunto.

—Norma Villalba es el nudo que ata todo este enredo, tengo esa corazonada. Llegué a pensar si no estaría dedicándose a pasar drogas, incluso si no habría utilizado a Moreno para eso. Pero ahora creo que era un error. Ella no lo necesitaba...

—Hemos conseguido conocer el estado de su cuenta corriente, de eso iba también a informarle.

—¿Y...?

—Hizo una primera imposición de cinco mil en octubre del año pasado. Desde entonces, invariablemente, imposiciones de la misma cantidad cada mes. Ninguna extracción de importancia en todo ese tiempo, hace una semana había en su cuenta cuarenta y ocho mil doscientos dólares.

—¿Y...?

—Sacó en persona cuarenta y ocho mil, en un cheque cruzado a su nombre, contra el Chase Bank de Ciudad de México. El mismo día que fue a reunirse con James Moreno en Matamoros.

CAPÍTULO VII

El Chase Bank de Ciudad de México, había contestado por cablegrama cifrado a la pregunta formulada por el FBI. Ahora, Bryant tenía en sus manos aquella respuesta.

«La señorita Norma Villalba, previa identificación satisfactoria, cobró personalmente en nuestras oficinas un cheque cruzado a su nombre por la suma de cuarenta y ocho mil dólares. Eran más o menos las doce y media de la mañana».

Y a las siete de la mañana abandonó el hotel de Matamoros. De Matamoros a Ciudad México, por carretera, había más de mil kilómetros. Pero por el aire...

La agencia federal en Brownsville le aclaró rápidamente la duda.

—En efecto, Norma Villalba salió en el avión de línea de Matamoros a las nueve y quince minutos de la mañana, ese día. Adquirió el billete el día anterior, para ella, pero con otro nombre, el de Constance Jane López, un hombre que la empleada del departamento de venta de billetes describe como de sobre veinte años, guapo y simpático.

Era la descripción de James Moreno. Y el embrollo se hacía mayor. Porque una llamada telefónica desde San Antonio le avisó que Connally había volado a Ciudad de México aquella misma mañana en compañía de dos de sus hombres de máxima confianza.

Ross Bryant pidió permiso para hacer el mismo viaje y también que se solicitara la ayuda de la policía mexicana.

—Están tan interesados como nosotros en desarraigar el tráfico de drogas a través de la común frontera.

Tardaron dos horas en llegarle el permiso y la orden para que le fuesen facilitados fondos para el viaje en la oficina federal de

Laredo. Ya comenzaba a atardecer cuando pudo verse volando sobre las tierras calientes de México.

Dos oficiales de la policía mexicana estaban esperándole en el aeropuerto, uno del departamento de Estupefacientes y el otro de la Brigada de Homicidios, adscrito además a la Interpol. Ellos le facilitaron nueva información.

—Connally se ha alojado en el hotel Mendocino Palace. Debe imaginarse que lo vigilamos, pero a pesar de eso está moviéndose mucho. Por lo que hemos podido averiguar, trata de localizar acá a su amiga.

—A ella aún no ha sido posible localizarla. Llegó sola al Chase Bank, parecía muy serena y en ningún momento hizo o dijo nada que pusiera en guardia a quienes la atendieron. Hemos podido hallar al taxista que la condujo desde el Banco a unos grandes almacenes del Paseo de la Reforma, pero allí se nos ha esfumado la pista.

Encontrar el rastro de una mujer en una ciudad de casi seis millones de habitantes es algo así como la clásica tarea de buscar la aguja en el pajar. Pero la policía, en todas partes, cuenta hoy día con medios muy numerosos de búsqueda y rastreo.

—Hagan varios cientos de copias de estas fotografías y averigüen en las peluquerías y salones de belleza femenina. Cabe la posibilidad de que haya acudido a uno de ellos a cambiarse el rostro. Indaguen también en las tiendas que venden pelucas. Ha llegado sin prácticamente ningún equipaje, de modo que deberá adquirirse un guardarropa. Conociéndola, no creo que compre nada de serie, irá a los mejores establecimientos. No pierdan a Connally de vista, puede tener pistas que desconocemos. Investiguen también en los hoteles de cierta categoría, pero no descuiden los lujosos...

De todas maneras no iba a ser cuestión de pocas horas, eso en el mejor de los casos. Bryant lo sabía y también que sobre él iba a recaer el peso máximo de la investigación. Había tomado en sus manos lo que parecía ser un simple y vulgar asesinato, y ahora se encontraba con el caso más importante de toda su carrera, se lo estaba diciendo el corazón.

Durante las cuarenta y ocho horas siguientes, la policía mexicana rastreó la capital del país de modo concienzudo en busca del rastro de Norma Villalba. Y los resultados no pudieron ser más

descorazonadores. Daba la impresión de que se la había tragado la tierra.

—O más sencillo aún, sólo vino acá para cobrar su cheque, después abandonó la ciudad en automóvil por cualquiera de las carreteras, sola o acompañada por un cómplice.

—¿Con cuarenta y ocho mil dólares en el bolso? No es mujer para eso; demasiado precavida.

—Ninguno de nuestros Bancos ha recibido una imposición de ésa o parecida cantidad por parte de una mujer joven o a nombre de una mujer.

—Hay que seguir buscándola. Connally lo está haciendo y eso significa que la sabe oculta en esta ciudad.

En efecto, Lyman Connally estaba buscando como loco a su amante por todo Ciudad de México, sin darse punto de reposo. La policía mexicana había podido establecer sin lugar a dudas que el único propósito del importante delincuente al venir allí lo constituía el deseo imperioso de encontrarla. Y alguna de aquella información apuntaba un motivo inesperado.

—Al parecer hay un millón de dólares en drogas perdidos entre Monterrey y San Antonio...

Un millón de dólares era mucho dinero, justificaba muchas cosas. Pero Norma Villalba había sabido borrar muy bien su rastro.

Lyman Connally regresó a San Antonio cinco días después de su venida a México. Bryant le vio en el aeropuerto y tuvo la impresión de estar delante de un condenado a muerte.

Por su parte, Connally no dio muestras de sorpresa al verlo.

—Sé que estaba aquí, buscándola —dijo con voz gruesa. Toda su arrogancia de San Antonio había desaparecido—. Maldita sea, si logran dar con ella avísenme enseguida...

—Se la ha jugado bien, ¿verdad, Connally? Porque usted la quería.

El rostro de Connally se contrajo en un espasmo nervioso y por un instante hubo en sus ojos algo como una chispa de dolor y celos. Pero luego se volvió impenetrable.

—Era un capricho, una de tantas —dijo con dureza—. Lo que no tolero es la traición.

—¿Qué me dice de su esposa y su cuñado? ¿Qué opinan ellos de la traición?

—¡Cuide su lengua, polizonte!

Por un momento volvió a ser el tipo habituado a mandar y a matar. Pero le duró poco. Bryant le cogió con calmosa fuerza las muñecas, y le obligó a soltarle mirándole a los ojos.

—Cuide sus nervios, Connally. Le va a hacer falta para afrontar lo que le espera. Se achicaron los duros ojos del bandido.

—¿Me espera, el qué?

—Corren rumores acerca de un importante cargamento de heroína desaparecido entre Monterrey y San Antonio, precisamente por la fecha en que también su amiga no se ha dejado ver. Y se dice que su cuñado Harrold está muy disgustado contra alguien en su grande y poderosa organización, alguien que podría haberse ido de la lengua llevado por una pasión senil.

Vio que había dado en la diana. Se le hincharon a Connally las venas de la frente y el cuello, hasta congestionarlo, y sus ojos se llenaron de malignidad... también de temor. Pero era hombre muy avezado a afrontar cualesquiera clases de situaciones, se dominó con férreo esfuerzo y lanzó una sobria amenaza:

—Cuide su propio cuello, polizonte. Yo me cuido del mío. Luego se fue al avión.

También Ross Bryant retornó a Estados Unidos. Había llegado la búsqueda de Norma Villalba momentáneamente a un callejón sin salida y en cuanto al asesinato de James Moreno era un completo, oscuro misterio. Estaba desalentado cuando presentó a su jefe inmediato el informe detallado de sus actividades.

—De momento no veo salida...

—Tengo algo que lo va a reanimar. Uno de nuestros informadores ha indicado a la central, en Houston, que Connally está emplazado.

—¿Emplazado?

—Ya sabe lo que quiere decir. Al parecer es cierto que uno, o más, cargamentos importantes de heroína han sido robados a la organización de Harrold en las dos últimas semanas. Y Harrold cree que Norma Villalba está implicada, así como que también lo estaba el chico Moreno y ese Sagerton. Hay evidencia de la desaparición de uno de los mejores «correos» de la organización, Vincent Grijalba, pueden haberlo asesinado. A Connally se le ha dado un plazo para justificarse y probar que no ha estado realizando un

doble juego, por eso su gran interés en encontrar cuanto antes a Norma Villalba, aparte las razones personales de tipo sentimental que pueda tener. Si se cumple el plazo y no se justifica... ya me comprende.

Ross Bryant lo sabía. Las poderosas organizaciones internacionales que dominan el tráfico de drogas estupefacientes son como cualesquiera otras grandes empresas, inmensos mecanismos regidos por hombres implacables. En el caso específico de los grandes traficantes de drogas, su implacabilidad se multiplica en progresión geométrica por la índole misma del negocio, la clase de gentes que en él intervienen y otras condiciones por el estilo. Un hombre como Connally podía hacer carrera y llegar muy lejos dentro de la organización siempre y cuando cumpliera a rajatabla con sus reglas; pero si se volvía ambicioso también podía ser muy peligroso. Y la organización, regida por hombres escogidos, pero apoyada por capitales y gentes que de conocerse su identidad sin duda se provocaría en el cuerpo social de las naciones presuntamente civilizadas un verdadero terremoto, no toleraba heterodoxias. Lo más probable sería que Lyman Connally apareciera cualquier día «suicidado» convincentemente en su propio domicilio, o bien sufriera un accidente mortal.

Ross Bryant no lo iba a sentir, ni nadie en la División de Narcóticos, aun sabiendo que muerto él pondrían a otro, tal vez peor, en su lugar y todo iba a seguir lo mismo. La lucha contra los traficantes de drogas se parecía mucho a la del Vietnam para los agentes federales.

Sea como fuere, él no podía dejar de mano al caso. Y no lo hizo. Pero durante otros cuatro calurosísimos y monótonos días con sus noches tuvo la impresión de ir vagando por un negro túnel de paredes acolchadas, sin la menor idea de hacia dónde iba.

—Sólo de una cosa me siento seguro. James Moreno es la nota falsa en esta sinfonía, la pieza que no encaja con las demás del *puzzle*. Su asesinato una especie de grito agudo en medio de un coro de murmullos...

Y luego, como sucede a veces, vino un golpe de buena suerte a poner en movimiento de nuevo toda la investigación.

—Bryant, venga enseguida a mi despacho.

Había llegado una comunicación urgente desde Laredo.

—Los agentes mexicanos del servicio de Narcóticos acaban de capturar a un norteamericano que transportaba trece kilos de heroína ocultos en su automóvil. De hecho eran dos, pero al resistirse a la orden de detenerse hubo un tiroteo, de ellos uno murió y el otro está herido. Lo tienen en Sabinas Hidalgo... Pueden estar conectados con Norma Villalba.

CAPÍTULO VIII

Sabinas Hidalgo es una pequeña población de unos siete mil quinientos habitantes, a orillas del río de su nombre y al noroeste del monte Sombreretillo, en medio de un fértil territorio muy bien regado por las aguas procedentes del río. De clima cálido, es una gran productora de frutas, sobresaliendo las naranjas y los aguacates. Está a unos ciento cincuenta kilómetros al sur de Nuevo Laredo, en la carretera de esta ciudad a Monterrey.

Bryant fue en avión a Laredo y luego en coche a Sabinas Hidalgo, en compañía de otro inspector de Narcóticos norteamericano y un colega mexicano que se les unió en Nuevo Laredo, informándoles más ampliamente de lo sucedido.

—Una patrulla del ejército y dos agentes del servicio de Contrabando habían puesto controles en la carretera que va de Sabinas a Guerrero, como parte de una operación sorpresa destinada a atrapar traficantes de droga y también otros tipos de contrabando. Se había recibido un «chivatazo» avisando que alguien se disponía a pasar una fuerte cantidad de marihuana... Esa carretera es poco más que un camino de carros y por eso suelen usarla los contrabandistas, sobre todo de noche, recorriéndola sin luces con guías expertos... Serían las tres y media de la madrugada, ya cerca del alba, cuando los soldados escucharon acercarse a un automóvil. Le dieron el alto, pero en vez de detenerse aceleraron. Uno de los compañeros nuestros, con dos soldados, los persiguieron tiroteándoles y lograron darle a un neumático trasero, que al reventar les impidió seguir la huida. Entonces se parapetaron en el coche, haciendo fuego, y después intentaron escaparse. Pero a uno de ellos le dieron plomo de sobras y el otro recibió también un par de balazos. Al registrar el coche encontraron un doble fondo y en él la heroína...

El vehículo de los atracadores había sido traído a Sabinas

Hidalgo y estaba ahora delante de la cárcel local, rodeado por muchos curiosos que aumentaron su curiosidad a la llegada de los federales. Un inspector mexicano, y un teniente del ejército, los acogieron cortésmente.

—Se nos avisó que iban a venir... Tenemos dentro la carga, al muerto y al herido, no se le puede trasladar de momento. Si quieren antes revisar el coche verán dónde llevaban la heroína. Muy ingeniosos...

Evidentemente los mexicanos sentíanse eufóricos por su éxito y era lógico. Normalmente su problema lo constituía la marihuana, la inmensa mayoría de sus capturas estaban formadas por alijos de la famosa yerba tóxica, su ejército incluso realizaba una gran labor de descubrimiento, localización y destrucción de plantaciones, debiendo sostener a veces, verdaderas batallas con los cultivadores clandestinos. Trece kilos de heroína pura eran otra cosa...

El automóvil, matriculado en San Antonio de Texas, era un sólido y corriente coche salido de las fábricas Ford el año anterior y pintado de azul oscuro. Le habían practicado un ingenioso doble fondo entre el asiento trasero y el portamaletas.

—Hemos sacado de ahí cuarenta y cuatro bolsas de plástico con un peso total de trece kilos y cuarto —les informó el inspector mexicano mientras examinaban el vehículo—. Heroína pura de la mejor calidad, un fortunón...

—¿Qué dice el herido?

—Que ignoraba lo que él y su amigo llevaban. Naturalmente estamos habituados a tales ignorancias. Pero también ha dicho que el automóvil no era suyo y se lo entregó en Tampico una mujer, ordenándole traerlo al país de ustedes, a Austin, dejándolo estacionado en determinado punto del estacionamiento de coches del aeropuerto.

La cárcel de Sabinas Hidalgo era como cualquier cárcel de pueblo grande del Norte de México y uno, con un poco de imaginación, aún podía sentirse transportado a los días de Pancho Villa y todavía más atrás. Por lo pronto, el calor resultaba más soportable que fuera, en la plaza...

El contrabandista herido estaba tumbado en una colchoneta, vigilado por un soldado, y presentaba bastante mal aspecto. Al parecer había recibido un balazo en una pierna y otro

peligrosamente cerca del hígado. Mantenía los ojos cerrados, pero sólo era ficción, los abrió en cuanto le probaron que no engañaba a nadie. Era un hombre joven, de alrededor de veinticinco años, y al parecer un drogadicto.

—Necesito que me curen decentemente —chilló—. Me han tratado como si fuera un mulo...

—Eres una rata —le contestó Bryant con fría suavidad—. Y te han curado mucho mejor de lo que mereces. Por otra parte, aquí, en México, las ratas de tu catadura tienen muchas menos facilidades para escabullirse a su destino que en el nuestro y no seré yo quien lo lamente. Sin embargo, tal vez podría hacer algo por ti... con una condición.

El granuja herido se desató en maldiciones y ofensas que sólo eran un chisporroteo ocultador de pánico. Había perdido mucha sangre y estaba temiendo no fueran a dejarlo morir para ahorrarse preocupaciones. Acabó por solicitar las condiciones.

—Dinos para quién trabajas y todo lo demás.

—Para nadie... Estaba en Tampico, sin dinero ni buenas perspectivas. Una mujer me ofreció un trabajo...

Según él, aquella mujer, una desconocida, había ofrecido cinco mil dólares por transportar el automóvil, con su preciosa carga, por un itinerario previamente establecido y dejarlo en el aeropuerto municipal de Austin.

—Yo necesitaba el dinero y acepté. Entonces me presentó al otro compañero que debía venir conmigo. El coche nos lo entregaron al día siguiente.

Era la clásica historia que todos los «correos» tenían lista para el caso de ser atrapados por la policía. Este individuo se guardaría muy mucho de mencionar nombres concretos, o dar datos de real importancia, porque sabía que la mano de la organización era lo bastante larga para alcanzarlo en el interior de cualquier presidio, al norte como al sur de la frontera. Astuto y duro peleó como un gato atrapado para salir lo mejor librado posible de su muy comprometida situación. Y en un momento dado recurrió a fingirse desmayado.

—Es un pillo completo —gruñó Bryant—. Dejémosle rumiar un rato su situación, y mientras echaremos una ojeada a su compinche.

Lo tenían en una de las dependencias de la cárcel,

completamente desnudo dentro de una rústica caja de madera de pino sin pintar. Había recibido tres balazos, uno de ellos en la parte inferior de la cara y otro sobre el corazón, su aspecto no era nada agradable de ver. Pero Bryant emitió un leve silbido de interés al mirarlo e hizo que los demás se interesaran.

—¿Lo conoce?

—Por fotografía. Es uno de los tipos que más me interesaba encontrar.

—¿Quién?

—Se llama Elmer Sagerton, alias Funny Elmer, y era un explotador de mujeres, también «correo» de la organización de Connally. Amigo íntimo de Norma Villalba, la desaparecida amante de Connally implicada en el asesinato de James Moreno, desapareció de la circulación justo la víspera del asesinato del joven estudiante. Y ahora me lo encuentro aquí, cosido a balazos, conduciendo un alijo de heroína al Norte...

No tuvo ninguna clase de miramientos con el hampón herido, zarandeándolo hasta que prefirió abrir los ojos, entre quejidos y maldiciones.

—Se acabó la farsa, rata. Quiero tu filiación completa y también toda la historia de cabo a rabo. O te muestras muy locuaz conmigo o dentro de una hora Connally y Harrold van a enterarse de lo que estabas haciendo. Ese alijo de heroína les ha sido robado, ¿verdad? Y te puedes figurar cómo deben sentirse. También lo que te harán.

El herido aún trató de negarse, pero Bryant estaba decidido.

—No perderé mi tiempo contigo. He identificado a Sagerton y tanto nosotros como Connally sabemos que él anduvo liado con la amante de Connally a sus espaldas. Tú eres amigo de él, la amante de Connally desapareció, también una importante cantidad de heroína que resulta llevabais vosotros dos en ese coche... Como ves, estamos de lo más enterados y eso que aún me guardo cosas porque no te interesan. Conoceré tu identidad en unas horas, en cuanto cotejemos tus huellas dactilares. En cuanto la tenga, pasaré el dato a Harrold. Si no revientas de tus heridas él se encargará de conseguirte una muerte rápida, allá donde te lleven. Y ya sabes que no hablo por hablar.

El herido lo sabía. Aulló, amenazó, maldijo, se quejó de sus dolores, clamó en todos los tonos..., y finalmente claudicó:

—¡Yo no sé nada de nada...! Sagerton me vino a buscar en Tampico, nos conocíamos de antiguo... Me contó que a última hora le había fallado el compañero que debía llevar para pasar un cargamento a nuestro país y me ofreció el trabajo... ¡Juro que le estoy diciendo la verdad! Hacía sólo ocho días que me soltaron del penal de Barrientos, eso lo pueden comprobar enseguida...

Dio su nombre y siguió protestando:

—Sagerton me ofreció mil dólares, pero le pedí dos mil. Sabía que estaba en mala situación y sólo pude sacarle mil quinientos.

—¿Qué hay de la mujer de que hablaste?

—Bueno, ella andaba con Sagerton... Era muy guapa, pelirroja, con los ojos verdes, una real hembra... Sagerton me dijo que era su amiga, pero no me dio más detalles, se llama Cora Reynolds...

—Descríbemela mejor.

Así lo hizo el herido. Ahora veíasele asustado y ansioso de eludir peligros mortales.

—¿Qué tuviste que ver con el asesinato del estudiante?

—¡No sé de qué me habla! Ya le he dicho que acabo de salir del penal de Barrientos, hace ocho días. Y bueno, a ese tipo lo mataron antes...

Se cortó en seco dándose cuenta de que había ido demasiado lejos, pero Bryant no le dejó recuperarse.

—Así que sabes cosas, ¿eh? ¡Cuéntamelas! ¡Vamos, desembucha!

—¡No sé nada! Oí en alguna parte que alguien se había «cargado» a uno de los «correos» de Harrold, quitándole mucha droga.

—Justo ésa que Sagerton y tú llevabais...

—¡No, ésa no! La llevábamos por cuenta de Connally... Sí, eso, para Connally, me lo dijo Sagerton.

Una hora y media de duro interrogatorio acabó con el tipo, pero no dio más datos de interés a Bryant. Una llamada telefónica desde Sabina Hidalgo a la penitenciaría mexicana de Barrientos obtuvo la confirmación de un dato que en efecto exculpaba al hampón herido de toda posible complicidad en el asesinato de James Moreno. El tipo había salido ocho días antes, en efecto, tras cumplir nueve meses de condena por tráfico de drogas y proxenetismo, habíaseles escapado a los agentes que se disponían a meterlo en un avión para repatriarlo a Estados Unidos y se le andaba buscando por Tampico.

—Hay que descartarlo, entonces; dijo la verdad...

—Sí. Y eso nos concede un pequeño margen de ventaja que pienso aprovechar a fondo.

—¿En qué sentido?

—Sospecho que esta heroína forma parte de los envíos escamoteados a la organización de Harrold y Connally. Sagerton estaba en Tampico, acompañado por una guapa pelirroja. Norma Villalba es morena de ojos claros, pero eso nada significa. Ella debía, sin duda, recoger el automóvil con el alijo en Austin. Bien, vamos a prepararle una trampa, que puede o no servirnos.

—¿Cuál?

—Hay que llevar el coche a toda velocidad a Austin. Son poco más de trescientas millas. Apurando la marcha, es posible llegar a Austin sobre la medianoche. Si no me engaño mucho, Sagerton y este otro tipo se proponían llegar antes de la salida del sol a alguno de los ranchitos cercanos al río y descansar allí. Sagerton no podía de ningún modo exponerse a aparecer a la luz del día por ninguno de los lugares donde es conocido o acostumbran a estar alerta los miembros de la organización, por eso es que contrataron a ese otro, que sin duda debía encargarse de cruzar la frontera con el coche por el puente entre Guerrero y Zapata, esperando después en Zapata a que Sagerton se le reuniera, para luego continuar viaje a Austin. Si no me engaño mucho, ellos no intentarían en ningún momento del viaje comunicarse con sus cómplices, jamás lo hacen los «correos» de las organizaciones de contrabandistas porque hay escalonados a lo largo de la ruta vigías que van marcando su paso sin infundir sospechas, como bien sabemos. Sólo que en este caso no deben haber tales vigías, pues ellos son piratas que han decidido dar un buen golpe y alzar después el vuelo con los beneficios, tocarían a demasiado poco si son muchos para repartir. Así que Norma Villalba, disfrazada de pelirroja y con el nombre de Cora Reynolds, debe haber salido tranquilamente desde Tampico en cualquier vuelo regular y estará esperando a estas horas en Austin la llegada de su compinche con la droga, para realizar su parte transportándola a algún sitio seguro, desde donde luego la colocarán en el mercado, lo más lejos posible de Texas. Yo me propongo estar también en Austin a la hora de llegada de ese coche.

Había que moverse mucho y muy aprisa para ello. La centralilla

telefónica de Sabinas Hidalgo quedó literalmente requisada. Por suerte para Bryant, los servicios de represión del contrabando de narcóticos a ambos lados de la frontera estaban actuando con muy aceptable sincronización.

—Necesito que dejen partir a Nichols con ese automóvil para Austin lo más pronto posible, que se le una alguien en Laredo. Hay que anticiparnos a la organización, o todo se irá al traste —dijo a su jefe en Corpus Christi—. Llame a Houston, para que ellos adopten las medidas pertinentes...

El teléfono debió zumbar mucho entre Corpus Christi, Houston, Laredo, Washington, Ciudad de México, Tampico... durante las dos horas siguientes. Pero al fin llegó una orden de que fuera liberado el automóvil aprehendido y entregado a los dos agentes federales norteamericanos. Además, ahora estaba montándose velozmente una falsa historia destinada a despistar a cualquiera interesados en conocer la verdad de lo sucedido.

—Los mexicanos van a comunicar a su Prensa que aprehendieron a unos vulgares contrabandistas de marihuana. Mientras se descubre el embuste habremos tenido tiempo sobrado de triunfar o fracasar —le dijo Bryant a su acompañante cuando salieron de Sabinas Hidalgo bajo las violentas luces de un hermoso y tórrido atardecer—. Ahora hay que pisar el acelerador a fondo...

CAPÍTULO IX

La capital del Estado de Texas se extiende sobre suaves colinas y amplias terrazas del terreno a lo largo del río Colorado de Texas. Muy poca gente sabe, por cierto, incluso en Estados Unidos, que no siempre se llamó Austin. Mucho antes de El Alamo, era una simple aldea de pocos habitantes y tenía un nombre ciertamente más sonoro y famoso en la Historia. Se llamaba nada menos que Waterloo. Luego llegaron los aventureros yanquis a disputar a la recién nacida república mexicana su territorio, ocurrió aquello de El Alamo, donde, entre otros muchos aventureros, murió Stephen Austin. Los yanquis, con el poderoso apoyo del ejército de los siempre paladines de la libertad y el derecho de los hombres y los pueblos, Estados Unidos de América del Norte, se apoderaron de Texas, también de Nuevo México, Colorado, California, Nevada y Arizona, libertaron a aquella vastedad de tierras de sus ocupantes autóctonos o casi mediante la sistemática matanza de los primeros y no menos sistemática esclavitud de los segundos, crearon el Estado de Texas y elevaron la antigua aldea al rango de capital, dándole el nombre de aquel aventurero, o mejor dicho, su apellido.

Ahora, la ciudad de Austin sobrepasa con mucho los doscientos mil habitantes y es el centro docente y administrativo del Estado de Texas. Cuenta con dos universidades, la estatal y la de San Eduardo, o sea que el mercado para los traficantes de drogas es óptimo. Naturalmente tiene otras muchas cosas, numerosa y diversificada industria, es centro de exportación de los productos agrícolas de la amplia región circundante, etcétera, etcétera.

Ross Bryant llegó a las diez y once minutos de aquella calurosa noche veraniega al aeropuerto municipal, en una avioneta privada. Había hecho, junto con el agente Nichols, el trayecto entre Sabinas Hidalgo y Nuevo Laredo en poco más de una hora. Los acompañó un agente mexicano para evitarles problemas con la policía de

carreteras por exceso de velocidad, pero en Nuevo Laredo mantuvieron la marcada por la ley. Luego, Bryant dejó seguir desde Laredo a Nichols, en compañía de otro agente federal, por carretera a Austin, y él se encaminó aprisa al aeropuerto, donde halló esperándole la avioneta, fletada y enviada por el FBI. También le dieron nueva información.

Una mujer llamada Cora Reynolds había, efectivamente, tomado el avión de línea para Houston, Texas, aquella misma mañana. No iba sola, la acompañaba un hombre llamado Alvin Sunray. Los dos habían llegado sin novedad a Houston y a partir de entonces se les perdió la pista. Nada habían advertido los funcionarios de los aeropuertos de salida y entrada en ellos que les resultara sospechoso.

Había en marcha una reunión «en la cumbre» en Acapulco. Harrold, el jefe visible de la organización dedicada al tráfico en gran escala de estupefacientes dentro de los límites del Estado de Texas, había volado allí, para reunirse con un pequeño y selecto grupo de peces gordos, norteamericanos, mexicanos y también de otras nacionalidades de origen. La reunión tenía lugar en la suntuosa finca de recreo de cierto magnate mexicano de adopción y originario de un pequeño país de Oriente Medio.

Lyman Connally estaba moviéndose vertiginosamente a todo lo largo del río Grande. El no se movía de su magnífica casa en las afueras de San Antonio, pero toda su organización, sus amigos y, también, un número de miembros de la policía estatal y policías locales, andaban en la danza.

No cabían dudas, el guiso se estaba calentando muy aprisa y no iba a tardar en alcanzar el punto de ebullición.

Aún quedaba un débil rastro de luz diurna en el alto cielo, pero abajo, en el aeropuerto, ya prácticamente era de noche. Ross Bryant encontró allí, esperándole, a dos antiguos amigos, con los cuales intercambió sendos apretones de manos.

—Nos lo han explicado por encima —le confió el agente de primera clase Slaton—. Parece que agarraste algo grande, muchacho...

—¿Conocéis el cuento del pescador? Un pececillo le mordió el anzuelo, pero antes de que lo sacara otro mayor llegó y se comió el pececillo. Cuando iba a sacarlo, llegó otro más grande, y otro, y

otro..., hasta que el pescador se encontró peleando con un enorme pez, como nunca lo habría podido soñar. Pues algo así me ha sucedido.

Puso rápidamente en detalles a sus camaradas mientras se las arreglaban para pasar desapercibidos entre la gente que se movía por el aeropuerto. Aquellos dos camaradas no pertenecían a la plantilla de Austin, sino a la de Houston. Habían sido enviados adrede para confundir a los espías que la organización contrabandista mantenía en el de Austin como en los demás aeropuertos importantes, siempre alerta a los movimientos de sus clásicos enemigos, los federales.

—... Y ésta es la situación. Hay un veinticinco por ciento de posibilidades de que esa mujer, o su cómplice, se acerquen a recoger el automóvil. Si lo hacen, intentaremos cazarlos vivos, necesito desentrañar ese misterio. Pero lo más probable es que no tengamos tanta suerte...

—Conocemos al propietario del coche. Pertenece a una cadena de establecimientos que tratan en vehículos usados de alquiler. Un tipo llamado Gregg Jones lo alquiló hace diez días y pagó doscientos cincuenta dólares como fianza, pero el Gregg Jones verdadero no tiene la menor noticia de tal transacción. Le robaron la cartera con sus documentos la noche anterior y se la devolvieron con ellos por correo.

—Es uno de los trucos más utilizados por la gente de Connally. Estoy seguro de que fue Sagerton quien hizo esa faena. Pero me gustaría conocer la identidad del tipo que acompañaba ahora a la Villalba.

—¿Quién imaginas que pueda ser?

—No tengo la menor idea.

—Corren muchos rumores en el hampa. Por ejemplo, se afirma que alguien ha traicionado a la organización de Harrold. Unos apuntan a Connally, pero otros no.

—¿Y a quién señalan?

—Eso es lo curioso, que no parecen saberlo. Citan media docena de nombres...

El estacionamiento del aeropuerto se encontraba un poco más allá de la calle Cuarenta y Cinco y la East Avenue. En él había el habitual montón de vehículos de todos los tipos y marcas usuales.

Bajo las luces de los potentes focos no se advertía nada anormal.

—Tenemos a cuatro hombres alerta y cubriendo todo el estacionamiento —le informó Slaton a Bryant—. Están allí, allí, allí y allí.

Ellos se encontraban ahora en determinada dependencia del aeropuerto y Bryant con unos binoculares en la mano. Pudo ubicar el punto exacto donde, según el hampón herido, debían dejar el automóvil, Aún no habían llegado Nichols y su acompañante...

Llegaron exactamente cuarenta minutos después. El coche penetró en el estacionamiento despacio, yendo a detenerse en el punto indicado. Luego los dos hombres se apearon y lo abandonaron, alejándose hacia la entrada al aeropuerto y desapareciendo por ella con absoluta naturalidad.

—Hicimos el viaje sin novedad —informó Nichols cuando se reunió con Bryant poco después en un lugar discreto—. ¿Qué tal aquí?

—La trampa está montada, sólo nos queda esperar.

—Ojalá caigan en ella...

Bryant no tenía demasiadas esperanzas, aun cuando no quiso dejar de intentarlo. Cabían muchas probabilidades, demasiadas..., y estaba viéndoselas con gente muy astuta.

Los hechos parecieron darle la razón. A las doce de la noche nadie se había acercado a aquel automóvil. Y a la una tampoco. Ni a las dos...

—Listos, esto se ha terminado —gruñó Bryant—. La trampa ha fracasado, vámonos a dormir.

Los agentes federales estaban muy habituados a fracasos parciales como aquél, nadie hizo excesivos comentarios. Pero también los federales solían no dejar cabos sueltos porque sí.

—Slaton, quiero que tú y otro os quedéis vigilando. Sé que probablemente será una tonta pérdida de tiempo, pero no quiero dejar nada al azar. Os relevarán a las cuatro.

El mismo se fue a dormir, porque lo necesitaba, pero dejando advertido que se le llamase si sucedía algo de interés.

Se quedó dormido casi recién tocando con su cuerpo la cama. Y estaba soñando con que perseguía por un desolado paisaje de lagunas, pantanos y terrenos baldíos a Norma Villalba y a un hombre de rostro indefinido cuando penetró a través de su pesadilla

el repiqueteo de un timbre.

Era el teléfono. Gruñendo y bostezando, aún muerto de sueño, se incorporó y lo tomó, anotando mentalmente que ya había salido el sol. Al otro lado del hilo sonó la voz de uno de sus compañeros:

—Tenía razón, Bryant. Acaban de venir a por el automóvil. Se despejó de golpe.

—¿Y qué?

—Lo peor que podía suceder. Sam Atkinson ha recibido un balazo en el pulmón derecho... El otro agente hizo el relato con frases secas y concisas. A las cinco y cuarto de la madrugada, cuando los dos federales que montaban guardia la habían relajado bastante, porque en su fuero interno no esperaban que ya llegara nadie a por el automóvil que vigilaban, dos tipos llegaron en un coche deportivo al estacionamiento. Uno de ellos se apeó y fue rápidamente, con decisión, a subir al coche. Alertados ambos agentes, salieron veloces a darles el alto. Fue un error, porque el que iba a subir al coche se revolvió empuñando una pistola y demostró ser un excelente tirador. Uno de los agentes recibió un balazo que le había interesado el pulmón derecho y el otro tuvo que resguardarse aprisa. El tipo que hiriera a su compañero retornó veloz al automóvil que le trajo y escapó con su compinche antes de que la policía del aeropuerto pudiera intervenir.

Ross Bryant se vistió rápidamente, mientras se lamentaba de su mala fortuna y su torpeza. Debió prevenir que aquella pareja —no le cabían dudas sobre la identidad de quién conducía el coche— haría una cosa así.

Pero el mal ya estaba hecho. Desde el edificio del modesto hotel donde solían alojarse los agentes federales de paso en Austin, porque se hallaba frente por frente con las oficinas locales del Servicio, en Rosewood Street, tardó siete minutos de reloj, el patrullero que le había recogido en llegar hasta el aeropuerto, gracias a que las calles estaban prácticamente vacías a tan temprana hora.

No eran tampoco demasiados los curiosos en el estacionamiento del aeropuerto. Un par de patrulleros ya se encontraban allí y varios agentes de policía evitaban que nadie se acercara demasiado. Un hombre alto y fornido, de pelo rubio cortado a cepillo y duros ojos azules, que se presentó como teniente Harris, de la policía local,

daba la impresión de hallarse dirigiendo la investigación y se le acercó junto con el malhumorado agente federal que saliera ileso de la refriega.

—Todo sucedió tan aprisa que apenas si nos dio tiempo a reaccionar. Sam y yo, a decir verdad, no esperábamos que llegaran precisamente entonces, yo acababa de ir a los lavabos cuando escuché el primer disparo, me volví a toda prisa y al salir vi cómo Sam caía alcanzado y al tipo aquél corriendo hacia el automóvil que se le acercaba.

—¿Qué clase de automóvil?

—Un «Plymouth» verde, descapotable, de modelo deportivo, de este año. No pude coger el número de las placas, sólo me dio tiempo a disparar un par de balas mientras me resguardaba...

—¿Tampoco puede describirme al tipo que hirió a su compañero?

—Era alto y muy veloz. Llevaba un traje gris claro, con camisa de cuello abierto, y gafas grandes de sol, también barba recortada. El pelo moreno. No creo que tuviera más de treinta años...

De hecho no había gran cosa que hacer allí. El automóvil de los bandidos escapó a toda prisa y las calles estaban desiertas. Antes de que la policía pudiera alertar a los patrulleros de la zona tuvieron tiempo de alejarse mucho. El agente ileso, y algunos testigos presenciales del breve tiroteo, afirmaban que marcharon hacia el interior de la ciudad.

—Ya están buscándolo por todas partes —aseveró el teniente Harris—. No creo que tardemos en dar con el coche, aunque dudo mucho que ellos dos estén dentro...

Eso también lo pensaba Bryant. Y cuando llegó el aviso de un patrullero de que habían encontrado al vehículo usado por los agresores del agente federal en una de las avenidas exteriores de la Universidad de Texas, no se llevó ningún disgusto.

El coche era realmente muy bueno, uno de esos modelos que sólo compran los ricos. Demasiado bueno para utilizarlo contrabandistas de drogas únicamente para un arriesgado trabajo.

—Llévenlo a Jefatura y que los de Huellas se pongan al trabajo. Que averigüen a quién pertenece...

Estaban interviniendo quirúrgicamente al agente herido en el hospital municipal y los médicos no podían adelantar un

diagnóstico. Como siempre que un policía es herido o muerto, las fuerzas de la ley dentro de la ciudad se habían movilizado velozmente y existía la casi absoluta certeza de que los ocupantes del «Plymouth» se encontraban en Austin atrapados. Aunque eso no significaba gran cosa de momento...

Ross Bryant estaba a cargo de la operación en cierto modo, de forma que fue a tomar una ducha fría y un par de tazas de café negro, con otras tantas pastillas de analgésico, para despejarse. Uno de los males de la profesión, precisamente, consistía en que casi nunca uno podía dormir a gusto ocho horas seguidas. Pero él, por lo menos, ya se había habituado.

La policía estatal y la local estaban trabajando aprisa. A las ocho de la mañana ya se había averiguado que el «Plymouth» pertenecía a un joven millonario y fue robado, sin lugar a dudas, para utilizarlo en la operación. Media hora después se localizó a un taxista que había acudido a una llamada telefónica en la esquina de la calle Veinte y East Avenue, tomando como pasajeros a un hombre y una mujer. El llevaba barba y ella era pelirroja, iba vestida con una blusa camisera y pantalones de corte varonil. Los había llevado a la esquina de la calle Quinta y la avenida Guadalupe. Allí se perdía su rastro por el momento.

—Intentarán salir de la ciudad a toda costa, probablemente por separado. Apuesto a que él se quitará la barba y ella la peluca. Y lo malo es que una mujer puede cambiar de cara y aspecto hoy día con la mayor facilidad...

CAPÍTULO X

Una vez más Ross Bryant tuvo la sensación desagradable de haberse metido en un callejón sin salida. Durante todo el día se movieron los federales, la policía del Estado y la de la ciudad tras el rastro de aquella pareja, pero sin resultados. Simplemente, todas las pistas fueron falsas o malas.

Sin embargo, es inmensa la organización policial y tiene, su mayor valor acaso, una inmensa información acumulada. A las ocho y cuarto de la tarde, cuando los médicos anunciaban que el policía herido, dentro de su gravedad, podía ser considerado fuera de peligro, llegó un informe desde Washington.

Los expertos de la policía habían hallado en el interior del coche, justo donde tuvo que sentarse el hombre, manchas de sangre. Pocas, pequeñas, pero reveladoras de que el tipo aquel iba herido, siquiera fuese ligeramente. También encontraron una gran cantidad de huellas dactilares, aislándolas y agrupándolas con arreglo a sus características. El ochenta por ciento de aquellas huellas pertenecían al propietario del vehículo, cosa lógica y descontada. También había muchas otras que, sin duda, pertenecían a sus amistades femeninas, al parecer numerosas...

Pero ahora, desde Washington, venía un informe:

«Uno de los juegos de huellas corresponde a Erich Peter Frank, nacido en Colonia el 16 de julio de 1938, de padre alemán y madre americana. Frank, oficial de carrera, destinado en Alemania desde octubre de 1961, fue convicto de tráfico de drogas, trata de blancas y robo de fondos militares. Expulsado del ejército y condenado a diez años de presidio salió de la cárcel en mayo de 1966, por buena conducta. Desde entonces no ha vuelto a ser detenido, pero se le supone en cerrada

conexión con las organizaciones dedicadas al contrabando de narcóticos. Últimamente viajaba mucho al extranjero... Hombre peligroso, muy inteligente, despiadado, calculador y astuto, obtuvo brillantes calificaciones en sus estudios en West Point... Se le supone implicado en por lo menos cuatro homicidios, pero nunca se le han podido probar... Tiene grandes dotes de seducción para las mujeres... Le agrada disfrazarse de intelectual y presume de la superioridad del europeo sobre el norteamericano. El padre, nazi convencido, pereció en el frente ruso, la madre contrajo nuevo matrimonio y desde hace muchos años no mantiene contacto con él».

El otro informe era más lacónico. No menos significativo:

«De mujer de identidad no concretada. Se la busca por el asesinato de Pemberton H. Rollner, perpetrado la noche del 12 – 13 de junio de 1968 en Miami, Florida. En aquella época se hacía llamar Virginia Rondón y afirmaba ser cubana, nacionalidad que puede ser efectivamente la suya. Debe tener sobre veintitrés años, es de estatura media, esbelta y muy hermosa. Cabellos oscuros y ojos claros, habla muy bien el inglés».

Ross Bryant repasó concienzudamente aquellos dos informes, con el ceño fruncido. Una campana de alarma estaba repiqueteando en su cerebro. Luego tomó las fotografías enviadas desde Washington por teletipo.

Eran de Erich Peter Frank. Un hombre joven, bien parecido, rubio, con aire más bien europeo. En realidad, de uniforme, más parecía un *junker* germano que un *boy* de Estados Unidos. De paisano no desmerecía. Su boca, su nariz y sus ojos resultaban reveladoras. Un tipo brillante, astuto y peligroso... convencido de su superioridad.

Puso a su lado una fotografía de Norma Villalba y se quedó contemplándolas a ambas, alternativas o conjuntamente. Releyó los informes de Huellas..., y tomó una decisión.

—Necesito que me hagan varios cientos de copias de estas

fotografías y se envíen a todo lo largo de la frontera, desde Eagle Pass hasta Brownsville. También a San Antonio. Y entreguen algunas al Servicio de Represión del Contrabando mexicano en Matamoros, Nuevo Laredo, Reynosa y Piedras Negras. Quiero saber si alguien, en algún lugar, ha visto juntos a estos dos alguna vez...

Por el momento no había mucho más a hacer, pero lo hizo.

—Hay que intentar averiguar si Frank trabajaba, con el suyo u otro nombre, para la organización de Harrold. Es de la máxima importancia. Otra cosa, no creo que estén ya en la ciudad, pero que sigan buscándolos.

El regresó a Corpus Christi y se entrevistó con su jefe directo.

—El asunto ha desbordado por completo nuestra demarcación, Bryant; pero le he conseguido autorización para que pueda llevarlo con independencia de este sector. Nos interesa mucho asestar un buen golpe a la organización de Harrold... Otra cosa: Connally está asustado. Se ha rodeado de guardaespaldas y casi no sale de su domicilio, creo que podemos considerarlo acabado.

—Es muy posible que alguien haya estado buscando precisamente eso desde un principio.

—¿Usted cree? Caramba, sería una interesante posibilidad. Unas horas después llegaron noticias estimulantes:

—Tenemos suerte, Bryant. En Nuevo Laredo hay quien afirma haber visto juntos, al menos una vez, a Frank y a la Villalba.

Otra vez las ciento cuarenta y dos millas de carretera bajo el candente sol del verano... Pero no había tiempo que perder. Ross Bryant llegó a Laredo a media mañana y se reunió con sus colegas de la ciudad.

—Ha sido uno de nuestros informadores. Afirma que vio una vez, hace algún tiempo, a la chica de Connally con ese Frank. Sólo que según él no se llama Frank.

El «soplón» era un hombre delgado, de cara chupada y ojos fríos. Evidentemente no se encontraba demasiado a gusto y tampoco fue muy expresivo en sus declaraciones.

—Sí, los vi una vez. En el local de Duncan, fuera, en el jardín. Estaban besándose y al pronto pensé que se trataba de una de tantas parejas. Yo sabía que ella era la chica nueva de Connally, también que le gustaba mucho apostar fuerte. A él..., bueno, sólo lo conozco de vista y lo he visto muy pocas veces, pero sí sé que no se le

conoce por Frank...

—Miente. Conoce bien a Frank, pero tiene miedo —comentó Bryant cuando le dejaron ir—. De todos modos su informe nos va a servir de mucho. Vámonos a Nuevo Laredo.

Sus colegas mexicanos torcieron el gesto al conocer su demanda.

—De modo que en casa de Duncan... Inspector, Duncan es un pez muy gordo y está desgraciadamente muy bien agarrado, no podemos cometer errores ni darnos resbalones.

—¿No han podido conectar a ese hombre con esa mujer? Ellos han tenido que ser vistos juntos en la ciudad, por alguien.

—Estamos haciendo todo lo posible, créanos. Era cierto. Y lo probaron los resultados.

—No se llama Frank, al menos aquí no se le conoce por ese nombre. El que usa es Peter Cruger.

Bryan no pudo dominar un silbido excitado, que hizo a todos cuantos lo rodeaban mirarle con interés.

—Parece conocerlo...

—Seguro ahora sentíase como el que acabara de oír que le toca la lotería. —Peter Cruger... El hombre de confianza de la organización en Tampico, nada menos, ¿se da cuenta?

Aumentó el interés de los demás, pero uno de sus colegas mexicanos, denegó:

—Vamos, Bryant, usted está engañado. El hombre de confianza de ellos en Tampico es...

—Hans Ludwig Hellmitz, ya lo sé. Un antiguo pequeño jerarca nazi escapado de Alemania al fin de la guerra y que desde hace quince años reside en este país, donde ha conseguido la nacionalidad. Un próspero comerciante de mercaderías del todo legales que tiene numerosas y poderosas amistades de todo género, da magníficas fiestas y sustanciosas contribuciones a los fondos de organizaciones benéficas... Sé todo eso tan bien como ustedes. Pero lo que ustedes parecen ignorar es que Hellmitz tiene, desde hace dos años, un secretario llamado Peter Cruger y que ese Cruger, en realidad, es quien le da las órdenes a él, quien se encarga de distribuir los envíos que le llegan, preparar los canales de salida de este país hacia el mío y todo lo demás. En realidad, hace muy poco que hemos podido nosotros descubrir la importancia de Cruger en la organización.

¿Recuerdan ustedes lo que sucedía con los alemanes nazis y sucede hoy día con los países del Este? Hombres muy importantes oficialmente carecían de todo poder en la realidad, mientras que muy oscuros funcionarios eran, realmente, quienes lo manejaban todo.

Ahora sí lo escuchaban con atención.

—Siga, Bryant —le apremió el jefe mexicano con ceño fruncido.

—No hay más que decir, comienzo a ver claro. Frank, o Cruger, es un hombre de la entera confianza de Harrold. Harrold lo envió a Tampico para dirigir la distribución procedente de allí, a la sombra de Hellmitz. Frank es, desde luego, muy ambicioso, descubrió pronto todas las posibilidades de su nueva posición y sin duda diose a pensar en cómo se beneficiaría. Ustedes saben lo que pasa en ese ambiente, se mueven muchos millones, hay inmensos beneficios, pero también se corren muchos riesgos. Quienes dominan y financian la organización exigen la máxima eficiencia unida a la máxima fidelidad, debajo de ellos nadie está seguro totalmente de su posición, por bueno que sea.

Hizo una pausa para tomar aliento, pero no lo interrumpieron.

—Es el caso de Connally, por ejemplo. Duro, ambicioso, eficiente y leal, pero ha cometido un grave error. Se enamoró de una mujer estando casado con la hermana de Harrold y eso, naturalmente, ni Harrold ni su hermana se lo pueden perdonar; por eso trató por todos los medios de quitarle hierro a su *liaison* con la Villalba, recurriendo a toda clase de subterfugios, incluso dejándole una desusada libertad. Sólo que un hombre enamorado nunca es hombre seguro ni tampoco sabe disimular siempre a la perfección. Además, Connally fue engañado por la Villalba, ella le hizo sin duda creer que sólo era una maniquí ambiciosa y de pocos escrúpulos...

»Pero ella es una criminal. Una criminal astuta, dura y desde luego carente de escrúpulos. Además, muy ambiciosa, probablemente. Y le gusta jugar, apostar fuerte. A menudo venía a esta ciudad, a este lado del río, para hacerlo. Una vez perdió tanto que debió hacer intervenir a Connally. Fue un error suyo y de él, puesto que sin duda el dato pasó a Harrold y también a otros. Por ejemplo, a Frank.

Encendió un cigarrillo; estaba sintiéndose en vena por primera vez desde que se inició en el complicado asunto.

—Frank debía conocerla de antes. O si no es así, alguien, probablemente Sagerton, que sí la conocía, le puso en antecedentes de la clase de mujer que era. Y entonces, Frank planeó su gran golpe. Nada menos que elevarse a la altura del propio Harrold...

—¿Tanto?

—Véanlo. Si conseguía probar que Connally no era de fiar, que no sólo mantenía a una amante peligrosa, sino que estaba ciegamente enamorado de ella hasta el punto de contarle los secretos de la organización, Connally iba a estar perdido sin remedio. Su esposa no haría nada por salvarlo, su cuñado mucho menos. ¿Y a quién darle su puesto, su responsabilidad, quién mejor que el hombre a quien se debía el descubrimiento de aquella fisura? Pero además, la caída de Connally dejaría a Harrold en entredicho. Y un hombre que ya controlara en cierto modo las vías de entrada de la droga en Texas, joven, dinámico, eficiente, leal, seguro, que acababa de dar pruebas patentes de su valía, a los ojos de los «grandes jefes» podría muy bien alzarse como contrapeso del poder de Harrold y, eventualmente, en sucesor. Toda una espléndida jugada... Y para conseguirlo solo tenía que hacer una cosa, enamorar a Norma Villalba, dominarla, convencerla de que le convenía ser su aliada. Entre Connally y él, desde luego, para una mujer como la Villalba no hay posible elección.

—¿Y qué pito toca en todo eso el muchacho Moreno?

—Me lo he estado preguntando yo mismo como nadie, hasta hace unos momentos.

Ahora tengo una idea. Veamos qué les parece.

Respiró fuerte. En realidad se daba cuenta de estar formulando hipótesis, construyendo en el aire. Pero intuía que avanzaba por el buen camino.

—James Moreno fue el *alibi*, el *camouflage*, de la Villalba y de Frank. Un joven estudiante alegre, romántico, muy simpático, lleno de amigos y de quien todo el mundo pensaba bien... Es muy posible que fuese Frank el que lo descubrió, mediante alguno de sus «contactos» en la Universidad de Corpus Christi. El, probablemente, arregló también el primer encuentro «casual» de su cómplice con James Moreno. Para una mujer como Norma Villalba, sorberle el seso a un muchacho así era un juego. Luego vinieron las escapadas románticas a distintos puntos de la frontera. Dos jóvenes

enamorados, ella muy guapa, él muy simpático... Naturalmente que al principio los agentes de aduanas, los de Narcóticos, tomaren nota de ellos y les vigilaron algo, muy poco. Pero sólo vieron lo que había en realidad. Frank no tenía prisa, estaba mientras tanto, preparando su red para atrapar a Connally. Y llegado el momento, la lanzó.

»En su calidad de supervisor de todos los envíos de droga, conocía perfectamente a todos los receptores en Texas. De repente, comienzan a desaparecer “correos” portadores de fuertes cantidades de heroína. Justo los “correos” que se la llevaban al sector de Connally. Y a la vez desaparece la amante de Connally. Nadie, naturalmente, acusará a éste de estar robando a la organización, pero sí se sospechará que sus indiscreciones han sido aprovechadas por alguien para hacerlo. En el fondo, el resultado es idéntico, fuertes pérdidas por causa de Connally...

»¿Por qué necesitaban a James Moreno? Creo tener una buena explicación. En los últimos tiempos él y la Villalba han estado pasando droga dentro del vehículo que utilizaban para sus excursiones. Era de un modelo muy vulgar, pintado con un color corriente. Nada más fácil que cambiarlo por otro poniéndole al acondicionado sus placas de matrícula. En Brownsville ya eran conocidos y no se ocupaban de ellos...

»Pero James Moreno tenía que morir, formaba parte del plan. Creo que lo ocurrido aquella noche fue lo siguiente.

Hizo una pausa para beber agua. Todos estaban pendientes de sus palabras.

—Norma Villalba retiró todo su dinero del Banco y se reunió con el muchacho en el lugar convenido. Casi seguramente habían concertado una fuga romántica, ella sin duda le habría contado alguna bien pergeñada historia para justificarle su situación y él debía sentirse como un héroe antiguo. Pasaron a Matamoros, se acostaron y entonces hubo la llamada. Tal vez se le pidió al muchacho que bajara sin advertir a su amada, se le amenazó, eso no lo sabremos hasta capturar a esa pareja. Como fuera, James debió asustarse por su amada, se excusó con ella de algún modo y bajó a entrevistarse con quien lo llamaba, que pudo ser Frank. Éste se las arregló para convencerlo de que debía regresar de inmediato a Brownsville con el coche, cambiándose de ropas previamente; es

otro de los puntos oscuros de mi reconstrucción, pero no demasiado importante. Obedeció, sin recelar lo que le esperaba, y pasó sin novedad a Brownsville. Pero allí se encontró con dos tipos que debieron reducirlo a punta de pistola y llevárselo al Norte. Luego, en un descampado, lo asesinaron de dos disparos en la nuca, sin duda obedeciendo instrucciones específicas de Frank, que debe gustar de ese tipo de asesinato tan usual en la Alemania nazi, pues existen contra él sospechas de haber dado muerte al menos a dos personas de ese mismo modo. Lo que ocurrió entonces sólo lo conjeturo. Debían pensar en un principio tirarlo a la laguna, pero algo los asustó, haciéndoles dejarlo donde más tarde lo encontramos. Probablemente pensaron que se tardaría en descubrirlo y para entonces ya las alimañas lo habrían desfigurado lo bastante como para hacer imposible su reconocimiento. ¿Por qué? Pues, porque James Moreno estaba destinado a pasar, después de muerto, por uno de los «correos» de la organización, quizás uno de sus asesinos. Y es muy posible que en el automóvil fueran ocultos muchos kilos de heroína, que desaparecieron.

—Eso parece bastante plausible —admitió el jefe mexicano—. Sin embargo, encaja poco con lo ocurrido el otro día...

—Al contrario, a mí me demuestra que estamos ante el plan de un cerebro brillante y muy astuto. A Frank no le interesan los cómplices que saben demasiado. Uno de ellos era Sagerton y lo mandó a morir. Lamento tener que decirles esto, señores; hubo un aviso anónimo al destacamento que cubría la carretera de Sabinas Hidalgo a Guerrero anunciándoles que alguien iba a pasar heroína y describiéndoles el coche, así como sus ocupantes. Quien recibió el informe tenía órdenes de rematar sobre el terreno a ambos contrabandistas...

—¿Está acusando a uno de mis hombres...? —estalló el jefe mexicano. Bryant le sostuvo la mirada con firmeza.

—Por desgracia, usted y yo sabemos que tanto entre sus fuerzas policiales como entre las nuestras existen los «garbanzos negros». Sí, lo estoy acusando. Pero además poseo las pruebas y se las facilitaré. Frank necesitaba un fracaso espectacular, una captura realizada por la policía, para reforzar su propia posición. Envía siete kilos de heroína por una de las rutas más seguras y con uno de los «correos» de mayor confianza, ¿y qué sucede? Pues, que alguien da el «soplo»

y les tienden una trampa, capturando la droga y matando a sus portadores. ¿Qué beneficio el suyo? Ninguno, a la vista. Pero hay más, como él ignora lo sucedido envía a otro de sus agentes a por ella, de acuerdo con lo convenido al aeropuerto de Austin. Y por muy poco no son capturados por nosotros, los federales. Uno de los «correos» es herido. ¿De qué gravedad? Nosotros lo ignoramos, pero sin duda muy pronto la organización se enterará de que ha fallecido otro de sus hombres de confianza. Nadie vio al conductor, no podemos afirmar que fuese una mujer. Frank puede decir que él conducía el coche y de hecho sus huellas han sido encontradas allí. Hace tanto calor que justifica el manipularlo sin guantes... Y mucho me equivoco o antes de nada Norma Villalba morirá también.

—¿Ella? ¿Por qué?

—Porque es muy peligrosa y Frank lo sabe. Frank no es un sentimental, como Connally, no siente, nunca lo ha sentido, el menor respeto por lo femenino. Usó a la Villalba como un arma para herir a Connally, hundirlo y suplantarle. Pero la Villalba no puede ni reaparecer ni ser dada de lado, luego sólo queda un medio de tenerla segura.

Tras de su última pausa, remachó con solemne firmeza:

—Señores, Frank es nuestro hombre y hay que atraparlo a toda costa. Pero no podemos hacerlo aún. No basta con las huellas tuyas halladas en el coche robado, tengo la corazonada de que las dejó adrede. Es muy posible que esté deseando ser detenido para, así, clarificar y reforzar su propia posición hundiéndolo a Connally. Podría ser que descubriéramos su amistad con el propietario del automóvil, por ejemplo, y desde luego aparecerían muchos testigos de que se encontraba lejos de Austin cuando ha ocurrido el incidente del aeropuerto. Tendríamos que soltarlo. Y yo quiero llevarlo a la silla eléctrica...

CAPÍTULO XI

Los agentes federales, y sus colegas mexicanos, realizaron una labor sorda y dura en las horas siguientes. Dura y difícil porque el hampa que medraba a ambos lados del río estaba sobre aviso y nadie quería soltar prenda.

Sin embargo, acá y allá se consiguieron datos, pocos, pero suficientes para ir formando el entramado de una situación...

Que no era exactamente tal y como la había imaginado Ross Bryant. Cosa que por otra parte él descontaba.

—Cruger viene a menudo a Nuevo Laredo desde hace cosa de año y medio. Pero nunca pasa la frontera...

—Cruger es amigo de Duncan. Bueno, exactamente amigos, no.

—Estoy completamente seguro. Cruger, y esa muchacha, eran asiduos del restaurante Sausalito...

El tal restaurante era un lugar caro y discreto, sito en las afueras de Nuevo Laredo y con vistas al río Grande. Tenía habitaciones reservadas y las parejas que deseaban sobre todo tranquilidad y discreción, pudiendo pagarlo, tenían la absoluta certeza de no ser molestadas jamás. Su propietario oficial, un mexicano de edad algo más que mediana, era el tipo más duro de pelar del mundo, según la policía de su país. Sin embargo, hubo un medio de hacerle hablar:

—Puede cerrar la boca cuanto quiera, amigo. Pero yo voy a comunicarle a Lyman Connally que ha estado ocultando en su negocio las entrevistas clandestinas de su amiga íntima con Cruger y eso a sabiendas de quién era ella. Le garantizo que Connally no va a dejar así las cosas.

Habló. No lo dijo todo, desde luego, pero sí lo suficiente.

—No tenía la menor idea de quién era ella. Cruger es cliente, otras veces había traído amigas, no vi la razón... Escúchenme, estoy siendo sincero y al hacerlo voy contra mis principios y mi

conveniencia, pero no quiero que se me enrede en esto...

Según él, Cruger y la Villalba parecían verdaderos enamorados, más aún él que ella.

—No me sorprende, porque es una de esas mujeres que tienen «algo» especial...

Hacíanse entrevistado allí más de dos docenas de veces en los seis meses últimos. Y eso significaba mucho, si se unía a las demás informaciones.

Y luego aquella otra, tan inesperada:

—Sí, lo recuerdo. Estuvieron tomando unas copas. Los acompañaba un muchacho... Pero deben estar engañados, porque quienes se veían del todo enamorados eran ella y el muchacho. Es más, recuerdo que ella llamó hermano al otro. En ese momento yo estaba sirviéndoles...

Aquel bar era uno de esos sitios a los que nunca se acercan los hampones, sea cual fuere su categoría. Más bien pequeño, enclavado en un cruce de dos calles normalmente tranquilísimas, su clientela la formaban gentes de clase media baja, obreros... El último lugar de Nuevo Laredo donde nadie buscaría a Norma Villalba y a Erich Peter Frank. De hecho sólo habían estado allí una vez, ya hacía tres meses. Que el viejo camarero mexicano los recordara constituía un verdadero golpe de buena suerte, lo había comentado con uno de sus clientes, un policía que a diario iba a tomarse allí su café y a quien se le ocurrió, porque sí, comentarle lo que andaban buscando y mostrarle las fotografías de la pareja. Cosas así ocurrían a veces...

Frank se encontraba de nuevo en Tampico. La policía pudo confirmarlo sin ninguna dificultad, porque se hacía muy visible.

—Quiere hacernos dar pasos en falso. Pero no va a conseguirlo.

Bryant logró averiguar, por mediación de la policía mexicana, que Frank había llegado a Tampico ostensiblemente en avión desde Houston, con su pasaporte y personalidad falsos de Cruger. Pero en el aeropuerto de Houston él había subido con su verdadera personalidad de Frank. Y la policía de Houston tenía registrada su llegada, como Frank, la víspera del día que hubo el tiroteo en el aeropuerto de Austin. Había llegado a Houston desde Nueva Orleans y fue, oficialmente, huésped del poderoso financiero Harrold durante tres días.

—Todo esto me huele a trampa —gruñó Bryant—. Creí conocer ya la verdad y veo que me he precipitado...

Tuvo que volar él mismo a Houston para informar sobre el estado de la investigación. El jefe de la oficina federal para Texas y otros altos jefes estuvieron escuchándole muy atentamente.

—Usted está realizando un gran trabajo, Bryant, pero tiene que andarse con sumo cuidado. Si Harrold, o quienquiera que esté moviendo los hilos, descubre que conoce tanto y está acercándose a la verdad, pueden tratar de eliminarlo.

—Son los gajes del oficio, señor. Pero creo que si ellos quisieran quitarme de en medio realmente ya lo habrían hecho. Saben cómo actuamos y que matarme solo, haría que mis camaradas redoblaran sus esfuerzos en la misma dirección.

—¡Hum! Es posible... Pero debo advertirle que ya comienzan a ejercerse presiones, a uno y otro lado de la frontera, para que no concedamos demasiada importancia a este asunto.

—Lo cual significa que la tiene y vamos por el buen camino.

—Sí. Sólo que en adelante usted no proseguirá sólo las investigaciones ni tampoco viajará solo, ni permanecerá sólo en ningún momento. Así tal vez les hagamos comprender lo que estamos dispuestos a realizar.

Bryant sabía a qué estaban refiriéndose sus jefes. En adelante, la organización iba a enterarse de que los federales no pensaban echarle tierra al asunto, por fuertes que fuesen las presiones. Entonces ocurriría una de dos cosas. Comenzarían los «accidentes» mortales, el suyo el primero... o la muerte súbita e inesperada arrebataría de este mundo a una serie de hampones de distintos calibres, cuyas muertes bloquearían eficazmente todo ulterior intento de penetrar hasta el corazón mismo de la poderosísima organización contrabandista de estupefacientes y dismantelarla.

Veinticuatro horas después supo que iba a suceder lo segundo.

—Bryant, noticia gorda para usted. Connally acaba de suicidarse.

Lo dieron horas más tarde los periódicos. Lyman Connally, prestigioso hombre de negocios de Austin, se había pegado un tiro en un momento de depresión nerviosa, en su propio despacho de su lujosa residencia de las afueras de la ciudad. Su esposa no se encontraba allí en aquellos momentos y algún periódico insinuó que

había ido a Houston, a casa de su hermano, el poderoso financiero Sam Harrold, para consultarle acerca de una posible demanda suya de divorcio en la cual tendría parte cierta una hermosa joven maniquí de origen cubano...

Bryant no se molestó en ir a San Antonio.

—Están tratando de bloquearnos la investigación. Pero yo tengo ahora una pista que puede darnos la solución completa del caso.

—¿Qué clase de pista?

—Desde el principio ha sido James Moreno la pieza que no encaja con las demás del *puzzle*, la nota falsa en esta canción. Llegué a desorientarme por completo, pero algo que averiguamos en Nuevo Laredo me ha llevado, tras darle muchas vueltas, a pensar si desde un principio no habría estado marchando por una ruta paralela a la buena, pero cuyo término me abocaría al fracaso.

—¿De qué se trata?

—Dos detalles que resultan absurdos encajados en el *puzzle*... según cómo se miren. Primero, ¿cuál era la exacta relación de Norma Villalba con Sagerton? Todo daba a entender que sostenían entrevistas amorosas, había incluso testimonios que lo afirmaban. Pero Sagerton era un pillo barato, uno de esos granujas de cuarta clase que de ningún modo pueden llegar jamás a nada. Sin embargo, una mujer como la Villalba, capaz a sus veintidós años de volver loco a un hombre como lo era Lyman Connally, a quien todos los testimonios presentan como de lo más astuta, hábil y, sobre todo, seductora, elegante, llena de personalidad, venía a enredarse con Sagerton... estando a la vez enredada con Connally, con James Moreno y con Erick Frank. Eran demasiados líos amorosos para una mujer inteligente...

—Desde luego...

—Recordé el dato acerca de las huellas dactilares de mujer. Pedí que investigaran si Sagerton anduvo por Miami hace ahora dos años. Y descubrí que, en efecto, allí estaba. Pero en cambio quien no estaba allí por esas fechas era Norma Villalba.

—¿Está seguro?

—Trabajaba en la segunda quincena de junio pagando colecciones de otoño en Chicago; concretamente el día once, por la noche, pasó una en los salones del hotel Brereton. Ahora bien, pudo tomar un avión y trasladarse a Miami, asesinar a aquel individuo

Rollner y retomar, también en avión, a Chicago. Parece muy difícil, pero pudo hacerlo. Sólo que, ¿por qué, y cómo la policía de Miami la llama Virginia Rondón?

—Adelante. ¿Qué averiguó?

—Varias cosas. Primera, pudo tomar en Chicago un avión a las nueve y cuarenta y cinco de la noche del doce de junio. Aquel avión, de líneas internacionales, llegaba a Miami a las doce y cuarenta minutos de la madrugada, con sólo una escala en San Luis. Pero a las cuatro y dieciséis minutos de la misma madrugada, otro avión, éste de la TWA, procedente de Sudamérica, deteníase en Miami, prosiguiendo después vuelo para San Luis y Chicago, adonde llegaba a las siete y veinticinco minutos. Si ella conocía esa combinación pudo muy bien aprovecharla, llegar a Miami, asesinar a Rollner y retornar a Chicago, sin que nadie, de las personas que la trataban, sospechara la verdad.

—¡Hum! Parece bueno...

—Lo es. Tengo todos los datos sobre ese homicidio. Y resulta que el tal Rollner era uno de tantos indeseables con honesta fachada, un tipo adinerado, casado y con hijos ya mayorcitos, propietario de una cadena de supermercados en la costa atlántica de Florida. Un degenerado sexual que se aprovechaba de la situación de muchas jóvenes exiladas cubanas para satisfacer sus apetitos y que no tenía ninguna clase de escrúpulos. En cuanto a Virginia Rondón, era una hermosa muchacha, de buena familia, que tenía a su padre y dos hermanos en cárceles castristas y había escapado, con su madre y otros tres hermanos más pequeños, como pudieron de su patria. En Miami debió aceptar diversos trabajos poco acordes con su educación y estudios, se aficionó, o la aficionaron, a las drogas, y cayó finalmente en manos de Rollner. El le daba dinero y le compraba drogas. Pero cierto día se cansó de ella, aunque otra versión dice que su esposa les sorprendió en comprometida situación y lo amenazó con el divorcio. Rollner, en todo caso, se desembarazó de la muchacha cubana acusándola de prostitución y chantaje.

—¿Y qué tiene eso que ver con Norma Villalba?

—A eso llego. La chica Rondón no pudo escapar de la trampa, no tenía dinero para un buen abogado y Rollner parece ser que compró al suyo, la convencieron para que se declarara culpable,

asegurándole que saldría con una condena muy leve. Le echaron cinco años y casi se volvió loca, amenazó en pleno tribunal a Rollner, jurando que lo mataría.

—Ya. Siga.

—Estuvo un año presa y cuando salió, al parecer, desapareció de Miami. Dos meses más tarde asesinaron a Rollner. La policía encontró las huellas de la Rondón en la pistola con que lo mataron y, naturalmente, pensaron en ella de inmediato. Pero no hubo forma de averiguar cómo lo hizo, ni tampoco de probar que estuvo en Miami aquella noche.

—Entonces ella y la Villalba son la misma persona...

—No. Sus huellas dactilares difieren totalmente. Hay un dato, en cambio, que las une. Habían estudiado en el mismo colegio, en Cuba, y eran muy grandes amigas, se querían como hermanas.

—¿Quiere decir?

—Sólo es una teoría, pero fascinante. Norma Villalba conoció lo ocurrido a su amiga, le escribió muy a menudo cuando la otra estaba presa. Al salir de la cárcel, Virginia Rondón acudió a su gran amiga buscando ayuda y Norma se la proporcionó; entre ambas planearon con todo detalle la ejecución. Supongamos que la Rondón estuviera por entonces en Chicago, bajo nombre supuesto y procurando pasar desapercibida. Supongamos que las dos, puestas de acuerdo, se repartieron la tarea. Una adquirió, por ejemplo, la pistola, la otra los billetes de avión, dando un nombre supuesto. Aquella noche, Norma Villalba terminó su trabajo y pretextó una fuerte jaqueca, o un constipado, cualquier cosa que le permitiera irse muy temprano a la cama y exigir que no la molestaran. Tras de meterse en cama ostensiblemente salió a toda prisa, cambiada de ropas, por otra parte, incluso transformada, eso es fácil para una maniquí. Su amiga debía esperarla ya en el aeropuerto, habiendo realizado todos los trámites engorrosos, le entregó el billete y Norma voló sola a Miami. Una vez allí se trasladó a la casa de Rollner. Entre paréntesis, sabían sus costumbres perfectamente y que estaría solo. Norma llega, se hace recibir por Rollner, siempre listo para una aventura erótica, le dice a qué ha venido, le pega tres tiros con toda sangre fría y deja en tierra la pistola. Naturalmente, ha usado guantes, pero la Rondón apretó bien antes sus manos en el arma, de modo que queden suficientes huellas. Terminada su tarea,

Norma regresó veloz al aeropuerto, subió al otro avión y volvió a Chicago, entró sin ser advertida en el hotel, se metió en la cama y al ir a visitarla quienquiera que fuese la halló en relativo mal estado, creyendo sin más, sobre su palabra, que había pasado una pésima noche.

Calló y su jefe pareció de acuerdo.

—Sí, es una interesante posibilidad...

—Que nos lleva a Sagerton. Por alguna razón, él andaba bien cerca de la casa de Rollner o bien por el aeropuerto esa noche. Vio a Norma y debía conocerla, siquiera de vista. Pasa el tiempo y un día descubre que la joven se ha convertido en la amante de Connally. De inmediato, el hampón ve una mina de oro para sí y no vacila.

—¿Chantaje?

—Justifica la conducta de Norma Villalba. No le convenía que Connally, ni nadie, conociera aquel dato tan peligroso para su persona. Eso justifica los quinientos dólares mensuales que sacaba del Banco. Si le contó a Sagerton que Connally sólo le daba mil, él tuvo que creerlo y aceptar la mitad. También le serviría a ella para justificar su pasión por el juego, le haría creer a Sagerton que trataba de conseguirle así dinero.

—¿Y dónde encajan Frank y Moreno?

—He podido averiguar qué Norma Villalba y Erich Frank se conocían de antiguo. Exactamente cuando ella, recién llegada a este país, comenzó a trabajar como maniquí.

—Hola...

—Más aún. Frank se la presentó a Connally. Es un dato firme.

—Entonces...

—Han estado todo el tiempo conchabados. Y sin duda Frank se encargó de moderar las apetencias de Sagerton, convirtiéndolo a cambio en cómplice de sus propios planes.

—¡Hum! En efecto, así todo va encajando... salvo James Moreno. ¿Por qué tuvo esa mujer que buscarlo y fingirle amor, qué falta les hacía un muchacho así? Aparte la teoría de usted sobre el pase de droga, claro...

—Llevo muchos días rompiéndome con eso la cabeza. Y creo, ahora...

CAPÍTULO XII

No fue mucho lo que Ross Bryant se entretuvo en Miami. Pero las cinco horas exactas que duró su estancia en la ciudad fueron perfectamente aprovechadas.

No viajó solo, lo acompañaba otro agente federal, siguiendo órdenes superiores. La policía de Miami mantenía abierto el caso Rollner y se mostraron muy interesados por su teoría, le dieron muchas más facilidades de las usuales en tales casos. Naturalmente, Bryant no mencionó sino lo justo a sus colegas, se sabía muy vigilado por la Organización.

Su teoría quedó reforzada en una serie de puntos secundarios, pero importantes. Una pasajera llamada Elizabeth Ruiz había viajado en el vuelo Chicago-Miami de la noche del 12 de junio del 68. La misma noche, y en el vuelo Miami-Chicago de la TWA, viajó una pasajera llamada Gloria Méndez. Naturalmente, a más de dos años fecha, nadie recordaba ni a una ni a la otra, una investigación a fondo iba a llevar tiempo. Bryant dejó que de ella se encargaran los de Homicidios.

La madre y los hermanos pequeños de Virginia Rondón ya no estaban en Miami. Exactamente hacía tres semanas que abandonaron su pobre alojamiento diciendo a los vecinos que se trasladaban a Nueva York.

—Al parecer les llegó algún dinero que alguien les pudo sacar de Cuba...

—Norma Villalba se ha cubierto, eso es todo —gruñó Bryant. Y dejó también a los de Homicidios aquella investigación.

Sagerton había andado por Miami durante algún tiempo, hasta que le obligaron a marcharse. Y sin lugar a dudas conocía a Rollner, le facilitaba muchachas. Rollner expendía drogas en su cadena de supermercados, mejor dicho, toleraba que se expendieran, cobrando una comisión y lavándose las manos si algo sucedía a los

expendedores.

—Norma Villalba habitó en Miami sólo cuatro meses...

—Más que suficientes para que Sagerton no sólo la conociera, sino su íntima amistad con Virginia Rondón.

—Eran intensísimas, se querían como hermanas. La madre de Virginia me contó algunas veces que esa muchacha les ayudaba con dinero...

—Las mejores amigas del mundo, pero no había nada turbio en su amistad, simplemente eso, eran como hermanas...

En Chicago la teoría de Bryant recibió una definitiva confirmación.

—Seguro que la conozco, aunque no llevaba así el cabello, ni del mismo color. Tampoco eran los ojos castaños, sino muy negros, muy brillantes. Aunque podían ser lentillas...

Muy astutas, las dos amigas. Porque Virginia Rondón había estado trabajando eventualmente como maniquí para la misma firma que ocupaba a Norma Villalba, desde un mes después de haber salido de la cárcel hasta dos meses después del asesinato de Rollner.

—Desde luego la admitimos por Norma, se las veía tan amigas... No era muy buena como maniquí, le faltaba estilo, aunque era guapa y esbelta. Pero Norma era nuestra «estrella»... Naturalmente, ocupaban la misma habitación... ¿La noche del doce al trece de junio, hace dos años? Uf, cualquiera se acuerda...

Pero sí había quien se acordaba.

—Perfectamente, como que yo misma fui a acompañarla. Norma sufrió un desvanecimiento después del pase de modelos, se encontraba mal... No, Martha Flórez no estaba ese día, tuvo que realizar no sé qué compras y le dieron permiso, lo recuerdo bien... Era una muchacha muy retraída, al contrario que Norma, siempre simpática con todos. Aunque, a decir verdad, yo siempre opiné que detrás de su encanto y dulzura había un carácter de hierro y mucha astucia. En cambio, Martha era tímida de verdad, siempre parecía como en guardia, y triste, se sobresaltaba por cualquier cosa...

»Tuve que despedir a Norma y no fue por mi gusto. Pero este negocio está financiado por la señora Martinek, una mujer inflexible. Al parecer Norma había sacado los pies del plato con su nieto y heredero... Es curioso, pero nunca esperé que Norma lo

tomara con tanta calma...

La señora Martinek tenía setenta y tres años y, ciertamente, era todo un carácter.

—Recuerdo perfectamente a esa muchacha. Y no me sorprende nada lo que me cuenta, inspector. Detrás de su apariencia dulce, tierna, muy femenina, hay una ambición sin límites, una astucia fría y una decisión que para sí quisieran muchos hombres. Además, es inteligente.

—¿Por eso la hizo despedir?

—¿Ya se enteró? Entonces sabe por qué lo hice. Había llenado de humo de colores la cabeza de mi nieto Jerry y me di cuenta de cuáles eran sus proyectos. Por suerte llegué a tiempo de impedirlo. Descubrí ciertas cosas de su vida privada que no la favorecían en absoluto y le di a elegir entre una indemnización de dos mil dólares contra su desaparición inmediata y una promesa firmada de no acercarse nunca más a mi nieto, o revelarle a él, y también a la policía, todo lo que sobre ella había averiguado.

—¿Y qué fue eso, señora Martinek?

—A los veinte años ya ella había vivido mucho. Cinco amantes seguros, de ellos dos casados. Y uno especialmente peligroso, un exoficial de West Point degradado y expulsado del ejército por tráfico de drogas, trata de blancas y robo de fondos militares, al que por lo menos se le achacan dos o tres homicidios...

Bryant retornó a Houston con toda aquella información y sostuvo una nueva entrevista con sus jefes superiores.

—El *puzzle* está prácticamente completo, pero siempre con esa pieza discordante. No caben ya dudas, aunque las pruebas materiales puedan resultar un tanto difíciles de conseguir, acerca de que no fue Virginia Rondón, sino Norma Villalba, quien asesinó, en Miami, aquella noche, hace dos años, a Rollner. Pero ahora ya sabemos que ella y Frank eran amantes antiguos, sin lugar a dudas. Y fue precisamente Frank quien la puso en contacto con Connally, como antes lo había hecho con un par de hombres casados más, importantes individuos a quienes se les sacó muy buen dinero. Esa pareja es de lo más astuto y peligroso. Y ahora los dos están en México, pero por el momento pondrán muy buen cuidado en no reunirse, no les conviene que les vean juntos.

—Usted tenía razón, hemos establecido, sin lugar a dudas, que la

Rondón estaba en Austin no hace aún ocho días. Formaba parte del grupo de amistades del joven millonario propietario del coche que usaron para ir a retirar la droga del otro vehículo, pero esa muchacha ha desaparecido.

—No me sorprende. Esos juegan fuerte y con mucha habilidad. Todo indica, a mi juicio, una vasta y astuta finta de Frank, que es un excelente táctico, lo sabemos por su ficha militar. Ahora ya no creo que la Villalba lo acompañara aquella mañana y ni siquiera que fuese él al aeropuerto. Lo que hizo, sin duda, fue manipular el coche dejando visibles sus huellas en él, probablemente la noche anterior. La Rondón sería quien le consiguió las llaves del vehículo. Frank sabía o recelaba que íbamos a estar esperándoles en el aeropuerto y envió a dos individuos cualesquiera, gente de su confianza o tal vez simples mercenarios de la organización ya habituados a tales tareas, al aeropuerto a la hora más adecuada para coger desprevenidos a quienes estuvieran vigilando. Si todo iba bien, encontrarían el coche vacío y podría acusar a Connally de haber «esfumado» la carga durante el trayecto. Si salía como salió, él iba a estar lejos, en Houston, donde gentes no sólo del hampa le verían, como así fue, en casa de Harrold a las cuatro de la mañana.

—¿Cuál va a ser su próximo paso, Bryant?

—No lo sé. Se me ofrecen varios caminos, pero vacilo, son todos demasiado seductores.

—No le entiendo, acláremelo.

—Verá, abrigo la sospecha de que Frank está sobremanera alerta y nos tiende, a mí en especial, numerosas trampas. Pienso en Rommel, su ídolo de los tiempos de la academia militar, y en cómo cubría sus retiradas... Pero por otra parte me pregunto si él conocía la gran intimidad existente entre Norma Villalba y Virginia Rondón.

—Debe conocerla.

—Entonces no tiene ningún sentido el que eligiera para lo de Austin un vehículo donde no sólo sus propias huellas, sino también las de la Rondón, iban a quedar marcadas. Piense que ella está reclamada por asesinato en primer grado. Póngase en el lugar de Frank. ¿Haría lo que él ha hecho?

—Pues... Yo no, pero él... Sabemos, usted mismo lo admite, que posee una mente astuta y retorcida. Y luego está Norma Villalba, capaz de idear un plan tan astuto como el que usó para asesinar al

tal Rollner. En realidad, parece que nos encontramos ante unos criminales de mentalidad bastante retorcida.

—Sí, eso parece. Pero no me fío...

Una vez más los hechos dieron la razón a la corazonada de Ross Bryant. Unas horas después de su regreso a Houston llegó un informe a la central del FBI en la ciudad que hizo al jefe de la misma llamarlo a su despacho.

—Parece que estaba en lo cierto, Bryant. O que tenemos mucha suerte en este asunto.

Lea eso.

Aquello era un informe venido, precisamente, de Corpus Christi. Una verdadera sorpresa.

El cadáver de una mujer había sido encontrado casualmente por unos pescadores en una de las lagunas que se forman en el estuario del río Nueces, al sur de Corpus Christi. La mujer era joven y llevaba documentación que indicaba que se trataba de Norma Villalba.

Bryant releyó el breve, y lacónico informe con una sensación de desconcierto e incredulidad. Su jefe no le quitaba ojo.

—¿Qué opina de eso?

—¿Opinar? No me lo creo.

—Parece demasiado bueno, desde luego...

—Y puede que lo sea, pero no exactamente en ese aspecto. Me voy a Corpus Christi inmediatamente.

Era la pescadilla mordiendo la cola, la cadena cerrándose sobre su primer eslabón.

Demasiado bonito, demasiado claro...

Su jefe de Corpus Christi lo esperaba en el aeropuerto. Con dos agentes más.

—En cuanto la policía me pasó el informe comprendí que se trataba de un jaque, por eso me apresuré a llamarlo.

—Cuéntemelo desde un principio.

—Bueno... Todo comenzó esta mañana, a primera hora. Dos hombres, dos aficionados a la pesca, uno de ellos oficial en la base aeronaval, andaban por la laguna de Mosquitos disfrutando de su afición. Uno de ellos sintió que se le quedaba el anzuelo prendido en algo e hizo lo usual. Pero cuando el supuesto pez no sólo no salió, sino que pareció a punto de romper la caña, ellos

comprendieron que algo extraño estaba sucediendo. Luego se soltó el anzuelo. Pero al sacarlo descubrieron, con la impresión lógica, que traía enredados un mechón de cabellos femeninos. Allí el agua es profunda y fangosa, de modo que no podían ver a su través. Uno de ellos, el oficial, se desnudó y se tiró al agua. Entonces descubrió al cuerpo de una mujer flotando como a dos metros de profundidad, atado por muñecas y tobillos con hilos de nylon a algún peso en el fondo. Los largos y espesos cabellos, flotando, eran los que se habían enredado en el anzuelo.

—Y era Norma Villalba...

—Verá, esa mujer tenía el rostro destrozado literalmente, como si se lo hubieran machacado. Pero estaba completamente vestida aunque sin los zapatos. Los pescadores avisaron a la policía, ésta procedió a recuperar el cadáver y en el registro de sus ropas encontraron una carta dirigida por una tal Martha Flórez a Norma Villalba. La muerta llevaba una sortija con un diamante en su mano derecha y en la muñeca una de esas pulseras de fantasía, en oro fino, con el nombre de Norma Villalba. Las características generales del cuerpo concuerdan con las del de Norma Villalba...

—¿Cuánto tiempo puede hacer que estaba en el agua?

—Según la policía me ha informado, tal vez tres o cuatro días, el cuerpo estaba ya comenzando a pudrirse y, además, los peces habían dado buena cuenta de parte de él. Creo que no es nada agradable su visión...

Pero había que pasar el trago. Y Ross Bryant lo pasó, en el sótano del edificio de la Jefatura de Policía local.

Efectivamente, el rostro de la muerta resultaba por completo irreconocible, era algo como para echar las tripas. Sus piernas y sus manos, aparte de sus brazos, el cuello... habían además sido pasto de los peces de la laguna.

Pero el forense tenía algo que decir.

—No ha estado ni cuarenta y ocho horas en el interior del agua. Lo que sucede es que en esta época del año, y con el sol pegando fuerte todo el día, la putrefacción se anticipa y luego cobra un ritmo más acelerado.

Además, los peces han contribuido a desfigurarla, aunque mucho menos de lo que a simple vista parece.

—¿Cuál fue la causa de su muerte, doctor?

—Sin lugar a dudas, recibió primero un golpe muy duro en la parte posterior del cráneo, con una porra de goma o algo así. Ya inconsciente, le machacaron la cara con un martillo, para desfigurársela. Luego la echaron a la laguna con sendas pesas de hierro, de las utilizadas en cualquier almacén de los muelles, atadas a sus muñecas y tobillos con cordeles de nylon. Escogieron cuidadosamente una zona de aguas profundas y turbias, entre cañaverales, la echaron boca abajo y aún vivía cuando fue tirada al agua. A mi juicio, todo eso sucedió a cualquier hora alrededor de la medianoche antepasada.

—¿Podría haber sido el propósito del asesino simular el acto deliberado de un maníaco sexual, doctor?

—No puedo asegurarlo. Pero desde luego quien lo hizo quería algo que a primera vista parece contradictorio. Primero machacar la cara de su víctima hasta hacerla irreconocible, luego la echa al agua con tantas precauciones, sin molestarse en registrar sus ropas ni tampoco quitarle sus joyas...

—Usted lo ha dicho, doctor. ¿No hay forma de tomarle las huellas dactilares?

—Muy difícilmente. Los peces han casi devorado la mano derecha y parte de la izquierda, van a tener trabajo para sacarlas.

—¿Qué le ronda por la cabeza, Bryant? Bryant se volvió ceñudo a su jefe.

—Lo mismo que a usted. Esta pobre mujer no es Norma Villalba, sino, probablemente, su amiga Virginia Rondón, alias *Martha Flórez*. Y si es como imagino, nuestro hombre acaba de perder la partida, gracias a que un par de madrugadores aficionados a la pesca no dejaron, aliados con el azar, a los peces completar la obra que de ellos esperaba el asesino...

CAPÍTULO XIII

—Era la Rondón, en efecto. Son idénticas sus huellas con las de los dedos no devorados por los peces.

—Pero de haberse tardado otras veinticuatro horas en encontrar el cadáver, o algún tiempo más, como era razonable esperarlo, sólo se habría hallado un esqueleto con algunos jirones de carne, unas ropas, una pulsera grabada con el nombre de Norma Villalba y una carta dirigida a la misma Norma Villalba, escrita con ese tipo de tinta que usan algunas marcas de fabricantes de bolígrafos y es insoluble al agua. Entonces, nadie habría dudado de que el cadáver de Norma Villalba estaba en la laguna desde más o menos las mismas fechas en que James Moreno fue asesinado; y todos los indicios apuntarían hacia Lyman Connally... que ya se suicidó y no podría negar su culpabilidad. Una jugada de maestro que ha fallado por el mismo azar que falló lo de la muerte del joven estudiante.

Bryant se encontraba con su jefe en el despacho de éste. Era la media tarde y una tormenta fuerte amagaba sobre la ciudad, casi se había hecho de noche y el aire estaba allí fuera sobrecargado de electricidad.

—Así que Frank y la Villalba han tratado de cubrirse...

—Eso es lo que parece.

—¿Aún no está seguro?

—No puedo. Desde un principio hay una nota falsa en esta sinfonía de delito y crímenes, ahora la siento reforzada, mucho... Hay que encontrar el sitio donde Virginia Rondón estuvo parando últimamente y... ¡Maldito idiota! ¿Cómo antes no se me ocurrió?

Se había dado una palmada en la frente, súbitamente sobresaltado. Su jefe le miró intrigado.

—¿Se le ocurrió, qué?

—Algo que todo este tiempo ha estado delante de mis malditas narices y no vi...

¿Puedo usar su teléfono?

—Naturalmente...

Bryant marcó rápido un número y habló con voz nerviosa, seca.

—Aquí Bryant. Escúchame bien. Quiero que pidas a los muchachos de Austin que averigüen si Martha Flórez estuvo recibiendo llamadas de larga distancia en las últimas semanas. También si recibió telegramas, cablegramas o incluso cartas procedentes de México... Que se den la máxima prisa, es urgentísimo.

Colgó y miró de nuevo a su jefe.

—Todo el tiempo delante de mis narices... —repitió—. Pero creo que ahora sí lo conseguiré.

Mientras sacaba tabaco, su jefe inquirió:

—¿Por qué no me lo aclara de una vez, si puede?

—Esas dos mujeres eran amigas íntimas, como hermanas, desde la niñez y sus días del colegio, allá en Cuba. Sabemos que Norma llegó a cometer un homicidio para vengar a Virginia. ¿Cree usted lógico que haya consentido en que ahora asesinen a Virginia para ella salvarse?

—Pues... Desde luego no lo parece...

—No lo es. Y eso nos lleva al asesinato de James Moreno, un muchacho que era la perfecta antítesis, en todos los sentidos, de los hombres que siempre rodearon a Norma, hombres como Frank y como Connally... Pero ella es una muchacha de buena familia, recibió una esmerada educación en Cuba, viajó por Europa, y todo eso...

—¿Adónde va a parar?

—A un absurdo, a algo insensato. Pero la insensatez muchas veces resulta ser la verdad, la lógica profunda de las cosas. ¿Por qué no suponer que Norma Villalba, calculadora, astuta, cerebral, engañosa, habituada a tratar con tipos de lo más peligrosos, criminales, gentuza, pudo llegar a enamorarse de un estudiante alegre, simpático, pobre, romántico, amigo de todos y enemigo de las drogas, inocente, honrado...? Fijémonos en un dato esencial. Norma ha sido capaz de matar para vengar el daño que su amiga íntima sufrió. ¿Es ése el acto de una cerebral egoísta? Puede..., pero puede que sea todo lo contrario, que debajo de toda esa capa, o costra, de dureza, cálculo y astucia, ambición y falta de escrúpulos,

a la postre latiera un corazón ansioso de otra cosa, lleno a veces de impulsos irrefrenables. ¿Quién es capaz de decir lo que vibra y arde dentro de una mujer?

—¿No estará haciendo literatura, Bryant?

—Posiblemente. Más aún, fantasía, si quiere. Pero es lo único que lo explica todo, que hace encajar a James Moreno en el *puzzle*.

—¿Todo?

—Todo. Suponga que Frank está realmente enamorado de Norma Villalba. ¿Es tan imposible? Connally lo estaba, otros lo estuvieron, cuántos testimonios poseemos sobre ella nos hablan de su gran seducción para los hombres. Y Frank, a la postre, en eso es normal.

—¿Lo es que, estando enamorado de ella, se la entregue a Connally y después consienta en su relación con James Moreno?

—Usted no parece entenderlo como yo. Desde mi punto de vista, y de acuerdo con la peculiar mentalidad de Frank, una cosa no excluye a la otra. Se lo intentaré demostrar. Tenemos que Frank deseaba subir alto en la organización a que se había unido después de salir de presidio y donde preveía que por caminos normales iba a costarle mucho llegar lejos. ¿Qué hace, entonces? Primero consigue, con paciencia y habilidad, situarse entre los considerados «de máxima confianza» por los grandes jefes. Eso le ha costado tres largos años, pero ya es un hombre de cierta importancia dentro de la organización, tiene el apoyo y la confianza de los grandes jefes, que lo envían como supervisor a Hellmitz, primero, y luego le convierten en el verdadero responsable de que todo el tráfico de estupefacientes desde Tampico a Texas se realice con un mínimo de dificultades y pérdidas. Trabaja duro y bien, pero a la vez lo hace para sí, buscando y seleccionando a sus adictos, a aquellos que llegado el momento pueden respaldarlo y permitirle convertirse en una fuerza importante dentro de la organización. Al mismo tiempo no pierde de vista a su amada, Norma Villalba, pero dejándole un amplio margen y evitando, así como ella, que su intimidad sea conocida, incluso por sus jefes. Cuando llega el momento, Frank no vacila en utilizar a la mujer que ama para convertirla en «caballo de Troya» nada menos que contra el mismísimo cuñado de Harrold. La convence de algún modo y se la presenta, por mediación de ella se apodera de Connally sin que éste lo pueda sospechar; porque

Connally debe morir, ha de pagar ese precio por haber poseído a Norma, su amada, tanto o más que por ser el hombre a quien pretende desbancar, ¿comprende?

—Me parece que voy entendiéndole. Siga.

—Ya está. Es lo mismo que ocurre con James Moreno. Cuando descubre que su amada se ha enamorado de otro hombre, y quién es tal hombre, no va a matarlo sin más ni más, no; él siempre saca partido de todo. Lo que hace es forzar a Norma a presentarlo a James Moreno como hermano suyo. James se lo cree, naturalmente; y en adelante se convierte, sin saberlo, en porteador de droga a través de la frontera, o sea en útil a Frank. Y cuando llega el momento, Frank lo saca de los tibios brazos de la mujer amada por ambos, disfrazarse, pasar un último alijo de droga. Después lo lleva a las lagunas al sur de Sarita y lo mata de dos balazos en la nuca, al estilo de sus admirados nazis. Luego lo deja, como un perro, en una hondonada cerca de la carretera. No deseaba hacerlo desaparecer, quería que lo devoraran las alimañas de los baldíos. Le inyectó la droga, y puso el polvo de heroína en uno de los bolsillos del pantalón que no era suyo, para desconcertarnos, para enredar cualesquiera pistas que pudiéramos seguir. En su fuero interno no debía concederle mucha importancia a James Moreno, tal vez pensó en que él era sólo un capricho de su amada y nada más. Ése fue su gran error de origen. En su mente no cabía la idea de que el joven estudiante le hubiera pedido a Norma una fotografía y Norma, tan astuta, precavida e inteligente, se la hubiera dado, menos aún que él la guardara cuidadosamente entre sus pertenencias, en su casa. Una simple fotografía...

—Así que nos las vemos con un paranoico...

—En cierto modo. Pero ese tipo de hombres suelen cometer errores tan crasos que parecen infantiles y acaban por perderles. Matar a James Moreno del modo que lo hizo fue un error. Asesinar a Virginia Rondón como lo ha hecho, otro aún mayor. O yo estoy muy engañado y no aprendí nada en todos mis años de agente federal.

—Supongamos que está en lo cierto...

—En tal caso, pronto sabremos si Virginia Rondón ha mantenido en las últimas semanas contactos relativamente continuos con alguna persona en México, país donde sigo creyendo que permanece

escondida Norma Villalba. En el momento que tengamos esa pista, yo iré a visitar a Norma y le contaré la historia tal y como la veo y entiendo. Si mi idea es acertada, ella incluso puede ignorar el asesinato de James Moreno, pero, desde luego, no sabe que su amiga del alma ha sido asesinada. Cuando lo sepa, es muy posible que decida colaborar con nosotros.

—¿Aún a sabiendas de que la espera la cámara de gas en Florida?

—Tendríamos que probar que lo hizo. Y mucho me temo que no resulte nada fácil. Pero además, hay muchos modos de presionarla. Debe saber que la organización está tras ella y que en cuanto la descubran la matarán. Tal vez prefiera la relativa seguridad de una celda de presidio.

—¡Hum! No me lo parece. Serían muchos años...

—Tendremos que esperar hasta ver cómo reacciona. Y no olvidarnos que Frank es un asesino despiadado, que cree estar tocando ya el éxito. Tal vez sea más fuerte su ambición que su amor.

—¿Qué quiere decir?

—Que si descubre hasta dónde hemos llegado podría anticipársenos y matar también a Norma Villalba, para cubrirse definitivamente las espaldas. No olvide que hasta el momento presente no tenemos ninguna prueba, lo bastante concreta como para que un jurado normal la acepte, contra él; y que ya en otras ocasiones anteriores ha sido absuelto por falta precisamente de esas pruebas.

—Eso es verdad...

—Tenemos la organización judicial teóricamente más perfecta para garantizarle a un acusado de cualquier delito la máxima defensa de sus intereses. Pero por desgracia, nuestra legislación en ese aspecto se halla detenida en los tiempos de Lincoln. Usted lo sabe como yo, cualquier delincuente hábil, bien respaldado y con dinero, cuenta hoy día con un sesenta o un setenta por ciento de posibilidades de no ser nunca castigado por sus crímenes; y no digamos si ha alcanzado cierta altura en el mundo del hampa... Nunca puedo olvidar que a Al Capone sólo se le pudo meter en la cárcel por un error en sus cuentas a la Hacienda.

—Eso es tan duro como cierto, Bryant. Pero también muchos

pagan.

—Sí. Peces pequeños, criminales de segunda y tercera fila, los delincuentes normales.

¿Quiere decirme cuántos Harrold tenemos en presidio, cuántos han ido a la silla o la cámara de gas? Ni uno, nunca. A veces caen bajo las balas de un clan rival, o en una *vendetta*, eso es todo. Pero lo habitual es que vivan como potentados, codeándose abiertamente con las gentes de más poder y prestigio de nuestro país, incluso con senadores y presidentes. Son demasiado fuertes, eso es todo, el crimen organizado a gran escala constituye, usted y yo, muchos más, lo sabemos, la segunda o tercera industria de este país.

Hizo una breve pausa y añadió, secamente:

—Y yo espero impedir que Erick Frank se ría de nosotros esta vez. No me gusta ese tipo.

CAPÍTULO XIV

Ross Bryant había actuado con rapidez y astucia para eludir la vigilancia de la organización de Harrold. Voló a Miami, pero en el mismo trepidante aeropuerto de la ciudad de lujo y vicio recogió su billete de avión de manos de un colega y se introdujo en la fila de los viajeros que se disponían a subir al aparato de la PAA que iba, a salir minutos más tarde para la ciudad de México. Estaba casi seguro de haber desconcertado y despistado a cualquier presunto espía.

Esta vez su corazonada no le había fallado. Desde Austin llegaron los informes que pidiera y eran positivos.

Norma Villalba y Virginia Rondón habíanse mantenido en contacto. La segunda había recibido cinco llamadas telefónicas desde Ciudad de México y por su parte puso otras cuatro, a partir del día siguiente a aquél en que murió James Moreno. Ninguna de aquellas nueve llamadas fue hecha desde, o a un mismo lugar. Pero todas ellas perfilaban un punto donde debía encontrarse oculta Norma Villalba.

Ahora el problema consistía en localizarla antes de que Frank recelase nada ni tampoco pudieran hacerlo los de la organización. Eso y convencerla de que más le valía cooperar.

Ross Bryant llevaba su plan bien trazado, no quiso dejar nada al azar. Por eso mismo no avisó a sus colegas mexicanos. Los mexicanos tenían un gran orgullo y también una gran suspicacia hacía todo lo que les llegara del Norte, incluso cuando se trataba de colaboración para combatir la lepra de los traficantes de narcóticos...

Llegó a ciudad de México sin novedad, como un turista más. Pasó los trámites habituales con la misma paciencia que todos y, apenas se vio libre de burócratas, tomó un taxi y se hizo conducir al centro de la ciudad.

Pero una vez allí empleó media hora en convencerse de que no era seguido, usando para ello de sus mejores trucos. Después subió a otro taxi y le indicó uno de los barrios residenciales del sur de la ciudad.

—Lléveme a villa Obregón, amigo.

Villa Obregón está yendo hacia Cuernavaca y es un barrio de millonarios y gente así, con espléndidas residencias. Pero allí lo único que hizo el agente federal norteamericano fue realizar un par de preguntas en una centralilla telefónica y en un bar lujoso, mostrando un juego de fotografías y portadas de revistas. Luego se trasladó a otra barriada donde las «villas» eran más modestas, sita a cosa de un kilómetro de distancia, y visitó tres diferentes establecimientos, a más de otra centralilla telefónica.

Finalmente abrió la cancela del jardín de una pequeña y bonita villa situada en la falda de una loma cubierta de residencias parecidas. Aquél era un magnífico lugar de reposo para gentes adineradas, clase media tirando hacia arriba...

La mañana era cálida y estaba llena de belleza y de paz. Se aproximaba el mediodía y el calor hacía que nadie anduviera moviéndose por el exterior de las quintas. Cuando ya llegaba a la puerta de aquélla, Bryant escuchó el ruido de una zambullida en agua proveniente de la derecha, un punto que le había quedado oculto por el edificio y también por un par de copudos árboles del jardín. Cambiando de idea, giró y fue hacia allí.

Había una piscina pequeña, en forma de óvalo, sombreada en parte por los árboles, y en ella se bañaba una muchacha que llevaba un «dos piezas» color de oro viejo y tenía un espléndido cabello castaño oscuro. Una joven de gran belleza...

Ella le vio de repente y su rostro expresó sobresalto, también recelo y aprensión.

Agarrándose al borde de piedra de la piscina inquirió con una nota tensa en la bella voz:

—¿Quién es usted?

Había hablado en castellano, pero Bryant le respondió en inglés al tiempo que se le aproximaba, despacio:

—Un portador de malas nuevas, señorita Villalba.

La vio respirar hondo. Tenía unos maravillosos ojos verdes, grandes y expresivos, una de esas caras femeninas de líneas puras

que hacen pensar de inmediato en inocencia.

—Yo no me llamo...

—Por favor, no merece la pena. Estaba aquí tranquila y no se ha molestado en ponerse siquiera las lentillas que le desfiguran esos ojos tan bellos. Me llamo Bryant y soy inspector federal de los Estados Unidos, Departamento de Narcóticos.

Sacó y le mostró su credencial. Ella la miró apenas. Se había vuelto fría, inexpresiva.

Salió de la piscina con lentos movimientos y se puso de pie, afrontándolo.

No era muy alta, pero estaba tan exquisitamente proporcionada que sólo por comparación podía notarse. El agua escurría sobre su fina piel dorada y era evidente que durante las últimas semanas había procurado ganar unos kilos, que por cierto le sentaban muy bien. Se había puesto totalmente en guardia.

—Nada tengo que ver con narcóticos —dijo con voz seca—. Ni usted tiene tampoco ninguna autoridad en este país.

—Hasta cierto punto, las dos cosas son ciertas. He venido tan sólo a conversar con usted.

—No tengo nada que hablar...

—Sobre James Moreno. Le recuerda, ¿verdad?

No le quitaba ojo y por eso notó que había dado en la diana. Apenas fue un apretamiento de sus ojos y su boca, pero en él había mucho dolor.

—¡No quiero hablar de eso!

También lo había en aquella afirmación, hecha alzando apenas la voz. Bryant denegó con la cabeza, pausado.

—Me encargaron del caso. Le habían llenado el cuerpo de droga y encontraron también heroína en un bolsillo de los pantalones que llevaba. Sólo que James Moreno era un enemigo notorio de las drogas y aquéllos no eran los pantalones que llevaba puestos cuando la dejó a usted en el cuarto del hotel Chihuahua para ir a reunirse con el hombre que creía era su hermano de usted. Supongo que sabrá cómo lo mataron...

—¡Cállese!

Ella sufría. O era una gran actriz. Bryant apostó por lo primero.

—Le pegaron dos tiros en la nuca, al viejo estilo de los verdugos nazis. No era la forma habitual como los pandilleros dedicados al

tráfico de drogas ajustan sus cuentas y eso me hizo pensar. Luego descubría que James Moreno era un gran muchacho, simpático, alegre, afortunado con las mujeres, soñador, modesto, buen estudiante, mejor hijo y hermano... También encontré una fotografía de usted entre sus cosas. Se la he traído, imagino que querrá tenerla.

Ella se estremeció, alargó la mano con un impulso irrefrenable para cogerla y, cuando la tocaban sus dedos, la apartó, veloz.

—¡No trate de mezclarme en ese asunto, yo nada sé!

—Sabe mucho, aunque tal vez no todo. Y yo sospecho que amaba de veras a ese muchacho.

Ahora, ella le dio la espalda con brusco movimiento, poniéndose de cara a la piscina.

Pero Bryant se movió para colocársele al lado.

Vio cómo tenía la boca apretada y temblona, el busto agitado. Y ahora aparentaba su verdadera edad, no era una virginal muñeca tan bonita y seductora como inocente, sino una mujer que sufría.

—James también debía amarla mucho. Pero Erich Frank lo mató. Lo mató de dos tiros en la nuca y lo dejó tirado en la maleza, para que se lo comieran las alimañas...

—¡Por Dios, cálese! —Ella se revolvió fiera, tremante—. ¡No conozco a ningún Erich Frank, no tiene ningún derecho...!

—¿Tampoco conoce a Virginia Rondón?

Vio cambiar bruscamente la expresión, la mirada, la actitud toda, de la muchacha. Se lo quedó mirando fijamente y se volvió tan impenetrable como una pared de rocas.

—¿Qué pasa con ella? Hace muchos años que no la veo —dijo con voz reseca. Bryant volvió a menear la cabeza.

—No iremos a ninguna parte por ese camino, señorita Villalba. Lo sabemos todo.

—¿Todo? ¿Y qué es ése todo?

—Por ejemplo, su viaje nocturno de Chicago a Miami, hace ahora algo más de dos años, para matar al hombre que había llevado a la degradación y el presidio a su gran amiga, mientras ella la esperaba en Chicago, oculta bajo el nombre de Martha Flórez.

¿Por eso la estaba chantajeando Sagerton?

La vio vacilar, parpadear. Y no la dejó reaccionar.

—Lo sabemos todo, créame. Su intimidad con Erich Frank, por

qué él se la presentó a Lyman Connally... todo. Conocemos la fecha y el lugar de cada una de sus entrevistas clandestinas con Frank, con Sagerton y, por supuesto, con James Moreno. Sabemos que Moreno fue utilizado para pasar droga a Texas en el automóvil con que usted se le reunía, y que mientras ambos estaban amándose era cambiado por otro idéntico, con la droga, al que le ponían sus placas. A propósito, Sagerton ya no podrá declarar contra usted en juicio, murió hace días en un camino de la frontera, en territorio mexicano.

Ella le lanzó una mirada huidiza. Sin duda estaba tratando de buscar una salida.

—¿Por qué me lo dice?

—Para que sepa que va a ser muy difícil acusarla por lo de Miami. Su amigo Frank ya se encargó de eliminar a todos los testigos. Incluida Virginia Rondón.

Saltó. Saltó como disparada por un muelle.

—¡Eso es mentira! ¡Está mintiendo, polizonte!

Bryant había esperado algo así. Con leve sonrisa, sacó del bolsillo la pulsera hallada en el cadáver de Virginia Rondón.

—¿La reconoce?

La vio respirar hondo y tambalearse. Luego, con gesto maquinal, tomó la pulsera y la examinó, en silencio. Estaba rígida y había empalidecido visiblemente.

—Encontraron a Virginia unos pescadores, en el fondo de una laguna cerca de Corpus Christi. Le habían machacado el rostro para desfigurárselo, pero curiosamente dejaronle puesta esta pulsera y también una sortija con un diamante, la cual averiguamos que se la había regalado Connally a usted. A propósito, sabrá que Connally se pegó un tiro hace poco... Volviendo a su amiga, aunque sólo hacía menos de cuarenta y ocho horas de su muerte... La tiraron al agua aún con vida, atadas sendas pesas de hierro a sus muñecas y tobillos... ¡Ah! Y encontramos también una carta de ella a usted, escrita con tinta indeleble al agua, en un bolsillo de su falda, fíjese qué descuido del asesino. Volviendo a ella, no era nada agradable contemplarla, los peces de la laguna...

—¡Por el amor de Dios...!

—Lo comprendo. Bien, pudimos identificarla por las huellas dactilares. Pero sin duda el propósito de su asesino era que los

peces impidieran tal identificación y la pulsera, la carta... nos hicieran creer a todos que usted había sido asesinada por las mismas fechas que su amante James Moreno. Sólo que fracasó. Su amigo Erich Frank debe quererla mucho, ¿verdad? Aunque a su modo. Primero asesina al hombre que le disputaba con éxito su amor, ahora a la muchacha a quien usted quería como a una hermana. Y es muy posible que cuando descubra que sabemos tanto, venga para matarla a usted también. Usted le conoce, es muy ambicioso y un criminal sin alma.

Norma Villalba le miró ahora fijamente. Apretaba la pulsera con dedos convulsos y sus bellos ojos estaban llenos de amargura, odio, dolor...

—Vamos a la casa —dijo con voz ronca—. Allí contestaré a todas sus preguntas, inspector.

El interior del chalet era una bombonera. Había una doncella del país que miró curiosa a Bryant, pero se mostró discreta y obedeció sin rechistar la orden de Norma para que les dejara solos. Luego Norma le pidió permiso para vestirse.

—Supongo que tendré que acompañarlo después...

Estaba rota, Bryant se dio cuenta. Rota, vencida y, también, ansiosa de venganza. Se lo dijo arriba, en la coquetona habitación, mientras se vestía detrás de un biombo, por cierto, transparente.

—Espero que me crea, inspector. Sólo he amado con toda mi alma a dos personas en mi vida. A James y a Virginia...

Se puso una blusa de seda y una breve minifalda. Luego, abajo, bebió ron. Fumó también nerviosamente, cigarrillo tras otro, mientras hablaba...

Había conocido a Frank años atrás, en Baltimore. El la enredó y la hizo su amante, pero aunque la dominaba sexualmente jamás llegó a amarlo en realidad, mucho menos después de conocer la clase de hombre que era.

—No me voy a hacer pasar por buena, no lo soy. Lo era, pero la vida...

La vida la había expulsado malamente de su patria, dejándola sin padre, sin comodidades... La vida la lanzó como un madero, demasiado joven y bonita, a una costa donde todo naufragaba, desde la virtud a la dignidad, una más entre decenas de miles de refugiados en un país extraño. Y los hombres...

—Ellos me enseñaron casi todo lo malo que conozco, créame. Tuve que aprenderlo para defenderme y usar contra ellos lo que había aprendido... Sí, es cierto, maté a aquel canalla de Miami. Si ha investigado el asunto sabrá qué clase de cerdo era... Virginia era buena, débil de carácter, siempre tuvo en Cuba una existencia cómoda, mimada... Habíamos crecido, estudiado, juntas siempre, nuestras familias eran amigas... Cuando supe que estaba en la cárcel, acusada de drogadicta y prostituta, no podía creerlo...

Relató la historia, sorprendentemente ajustada a las hipótesis de Bryant, con aquella voz ronca y nerviosa. Ella ideó la forma de vengar a su amiga, venció sus objeciones, cuidó de ella hasta que pudo sacarla casi por completo del pozo de serpiente de las drogas, le consiguió trabajo en la firma de modas...

—Lo preparé todo con el máximo cuidado, fui a la casa de aquel canalla y me hice la encontradiza en el bar donde solía tomarse la última copa cada noche. Cuando nos metimos en su casa saqué la pistola y le conté lo que había venido a hacer. Tuvo que haberle visto suplicarme su vida, su asquerosa vida de degenerado, de la manera más abyecta... No estoy arrepentida de aquello, libré al mundo de una rata venenosa y vengué a la pobre Virginia...

Pero Sagerton la había visto aquella noche, cuando retornaba al aeropuerto. Ella no lo supo entonces. Sagerton la conocía, también a Virginia y la amistad que las unía, ató cabos al enterarse del crimen...

—Vino hace meses a buscarme, estando ya con Connally, y me lo dijo. Me aseguró que sólo deseaba llegar a un acuerdo, yo acepté pagarle porque necesitaba tiempo para neutralizarlo, luego se lo dije a Erich Frank.

Erich Frank había sido su ángel malo, quien la pervirtió a fondo, dominándola.

—Pero yo me vengué de él haciéndole amarme. Sí, es verdad, él me ama, furiosamente, más aún desde que me he negado a entregármele...

Toda una extraña, cruda, amarga historia.

—Acepté convertirme en la amante de Connally pensando en utilizarlo a su debido tiempo para que me libertara de Frank, pero él es demasiado astuto, se dio cuenta de mi juego, me advirtió que no lo llevara adelante... Y entonces conocí a James.

Había sido su expiación.

—Era todo lo que usted ha dicho, lo que le hayan contado, y mucho más. Era todo lo bueno que un muchacho de su edad pueda ser. Y sobre todo, era puro, honrado, sincero... Me enamoré de él sin advertirlo y cuando lo supe fue un magnífico dolor. Desde aquel momento ya no dormí ni una sola noche tranquila, ya no tuve ni una hora de paz. Hice cuanto pude para impedir que Frank o los demás sospecharan..., pero todo fue inútil. Me vigilaban muy de cerca y Frank se dio pronto cuenta de la verdad. Entonces pensó usar a James en dos sentidos, para dominarme por completo y para sus negocios...

Había cedido por miedo, porque estaba enamorada.

Y durante algunas semanas hubo un juego cruel entre tres.

—Frank me obligó a presentarlo a James como mi hermano y a confirmar su historia de que estaba forzado a permanecer en México por causa de un negocio que le había salido mal, provocándole una condena por estafa. James se lo creyó...

Ella había intentado, desesperada, enamorada, algo casi absurdo, pero muy bello, después de todo.

—Decidí que sólo nos quedaba un camino, huir, irnos todo lo lejos posible, cambiamos nuestra identidad y ocultarnos. James aceptó, estaba muy enamorado y me creía buena, víctima de las circunstancias, dominada por mí «hermano»... Lo preparamos todo con el máximo sigilo, yo saqué mi dinero del Banco y lo hice transferir aquí... Creí que por fin había logrado engañarle, pero no fue así. Aquella noche... Estábamos ya acostados cuando Frank llamó. James tuvo que bajar como otras veces, tanto él como yo pensamos que sería lo de siempre. Y no le volví a ver...

—¿Cuándo supo lo ocurrido?

—Dos semanas después. Frank vino a advertirme que tenía a James secuestrado y que su vida dependía de que yo le obedeciera. Me demostró estar al tanto de nuestros planes, creí que se los había sonsacado a James. Así que le obedecí, temiendo por su vida. Vine aquí, saqué mi dinero y me oculté en donde Frank me indicó. Luego él me hizo trasladarme aquí. Entonces pude conectar con Virginia y ella me contó la muerte de James. Creí morirme de dolor, de pena, enfermé...

No se había movido de allí en todo aquel tiempo, cosa que ya

Bryant sospechaba.

Sabíase vigilada y sabía, también, la inutilidad de rebelarse contra su destino.

—Pero ahora todo ha terminado. No sólo asesinó a James, sino que ha asesinado también a Virginia, a los dos seres que yo más amaba... Está bien, él lo ha querido, yo lo destrozaré.

—¿Entonces está dispuesta a contarnos todo lo que sabe acerca de Erich Frank...?

Norma Villalba le miró de un modo intenso. Refulgían sus verdes ojos de un amargo sarcasmo.

—Haré más que eso, inspector. Voy a poner en sus manos a Sam Harrold. Porque él, y no Frank, es quien ha manejado desde un principio todo esto.

EPÍLOGO

Erich Frank fue tomado por sorpresa. Cuando los inspectores federales le ordenaron acompañarlo creía, sin duda, que todo iba a arreglarse con una llamada telefónica, un *habeas corpus* y, a lo sumo, una fuerte fianza. Cambió de opinión cuando le leyeron los cargos y le comunicaron que la verdadera Norma Villalba se encontraba en camino para un careo. Y cuando ella, pálida, pero serena y, sobre todo, dura, durísima, se le puso delante y le miró a los ojos, supo que todo estaba perdido para él.

—Es curioso, cómo podemos engañarnos con las personas aun teniendo un montón de presuntas pruebas de su verdadera personalidad —comentó Bryant con su jefe, después de aquel impresionante careo—. Yo ya sabía que Norma Villalba, era en realidad, de fuego y pasión, bajo su apariencia cuidadosamente mantenida, pero me ha sorprendido su amargo coraje al enfrentarse, a sabiendas de todo lo que arriesga, con la organización para vengar a sus dos muertos queridos. Lo que no esperaba es la reacción de Frank al verse acusado ferozmente por la mujer a quien sin duda ama, a su manera, pero mucho...

—Ha sido realmente impresionante...

—Resulta que todo lo hizo por ella, incluso asesinar a su mejor amiga. Retorcido, absurdo, maligno..., pero desde el punto de vista de Frank, lógico y justo. Asesinó a James Moreno porque amaba a la misma mujer amada por él y porque ella le correspondía..., pero sobre todo porque Harrold le ordenó matarlo. Y asesinó también a Virginia Rondón porque amaba a Norma, porque podía contar lo que hizo Norma en Miami, porque era una drogadicta incurable ya... y porque Harrold le había ordenado ejecutar a Norma en plazo inapelable. Tenía que salvarle la vida a Norma a cualquier precio, incluso el de sus propias ambiciones, y no se le ocurrió otra cosa sino asesinar a su mejor amiga y hacerle pasar por ella poniéndole

joyas que la propia Norma le había regalado y una carta que le hizo escribir a Norma días atrás, estando drogada.

—Lo inesperado ha sido lo de Harrold. Nunca lo hubiera creído.

—Pues ya ve. El gigante tenía su talón de Aquiles, el más inesperado y que por eso no le buscamos. Odiaba desde siempre a su cuñado Connally, pero no se atrevía a hacerle nada porque su hermana lo amaba y él siente un profundo cariño hacia su hermana. Un día descubre que su cuñado tiene una *liaison* con otra jovencita y que la cosa es mucho más seria de lo habitual; también averigua la añeja relación de Norma con Erich Frank, al que hasta entonces ha considerado sólo como un buen elemento en su organización. Investiga y llega a tener una idea bastante aproximada de los proyectos de Frank, que en cierto modo son coincidentes con los suyos. Pero además se las arregla para conocer a Norma y entrevistarse con ella y, por un capricho que yo llamaría justiciero del Destino, ese hombre de cincuenta y siete años, hartado de todo, incluidas las mujeres hermosas, se enamora también, con una pasión senil, de la amante de su cuñado. ¿Y qué hace, cómo reacciona? Como Sam Harrold. No puede descender a pujar contra su cuñado, contra Frank, tampoco arriesgará una declaración más o menos amorosa a una muchacha que casi puede ser su nieta. Lo que hace es trazar un plan para aniquilar a Connally, primero, y después a Frank. A éste lo agarra por el cuello haciéndole saber que conoce su juego y forzándolo después a seguir sus propias directrices. Mientras, no se acerca a Norma, no hace nada que a nadie, ni tan siquiera al propio Frank, le permita sospechar sus verdaderos propósitos. No es hasta después del asesinato de James Moreno cuando, desviándose inopinadamente de ruta en uno de sus viajes a Acapulco, visita a Norma y le pone sus cartas boca arriba. Ella puede quedarse en México tranquila y protegida, sin que nada le falte, viendo cumplidos sus menores caprichos. Sólo tendrá que recibirle a él, al poderoso Sam Harrold, una vez cada diez, o quince días...

—Está visto que el amor hace estragos a cualquier edad y en cualquier individuo...

—Sí. Porque de no haberse enamorado de Norma, Harrold nunca habría cometido tantos errores. Bucear en su pasado, convertir de nuevo a Virginia Rondón en drogadicta, ceñir a Norma

de espías, ordenar el asesinato de James Moreno... Ha sido como si ese hombre fuera forjando con sus propias manos la cadena que iba a estrangularlo. Pero ¿quién iba a imaginarse a Sam Harrold enamorado de una maniquí de veintidós años y jugándose tanto por ella?

—Hay que admitir que Norma ha sido muy hábil. Todo lo que le sonsacó y todo lo que ha ido averiguando acerca de la organización... Nosotros no habríamos conseguido nunca asestarles un golpe tan duro a no ser por su ayuda.

—No la conocían. Ninguno de ellos llegó a comprenderla, comenzando por Frank. Supo engañarles bien. Y cuando ha visto aniquiladas a las dos personas a quienes amaba, cuando le han arrebatado primero la ilusión de un amor puro y honesto que en cierto modo la redimiera de su pasado, luego a la compañía y el consuelo de quien para ella era como una hermana, se ha vengado en femenino, o sea con una virulencia feroz.

—Frank no va a escaparse de la silla eléctrica. Ahora tenemos contra él pruebas sobradas. En cuanto a Harrold, está listo, no sólo porque la organización no desea en absoluto publicidad de tal calibre sino porque su propia hermana no le perdonará la trampa en que metió a Connally. Creo que vamos a tener muy pronto un suicidio o bien un hermoso accidente mortal de todo punto desdichado.

—Personalmente, preferiría un hermoso juicio con una condena no menos hermosa, pero comprendo que es demasiado pedir.

—Usted ha hecho una gran tarea, Bryant, le felicito y creo que va a obtener un merecido ascenso.

—¡Hum! ¿Le digo una cosa? Cambiaría el ascenso y las felicitaciones por saber que James Moreno estaba vivo y era feliz en algún rincón del mundo con Norma Villalba. Y claro, ésa es también una especie de aberración, dadas las circunstancias sociales y morales en que nos desenvolvemos.

—Lo puedo comprender. Pero esto está mucho más allá de nuestro poder o del de cualquier otro ser humano. No creo que Norma Villalba salga demasiado malparada de todo esto, es aún joven y tal vez pueda rehacer su vida. Me ha gustado esa muchacha, a pesar de todo.

—¿Y a quién no?

A él, Ross Bryant, mucho, desde luego. Tanto, que podía comprender los sentimientos de todos los hombres que formaban la cadena sentimental ceñida en torno al cuello de Norma Villalba. Aquella mujer emanaba de sí una extraña y poderosa seducción, bastaba, como en su caso, con unas horas de conversación importante y un viaje en avión para sentirse prendido en sus encantos, no en los físicos, sino en los otros...

Y él, Ross Bryant, era un inspector federal. Mejor haría olvidándose de Norma Villalba.

Que, por otra parte, ya tenía su destino.

Como lo había tenido un joven estudiante llamado James Moreno, al que todos apreciaban y querían. Como a la postre, lo tenemos todos. Nadie puede torcer ni cambiar lo que le ha sido destinado, aunque otra cosa se crea por algunos.

Valía más pensarlo así... y esperar el próximo trabajo.

FIN

en

25.000 PALABRAS

CONOZCA EN 25.000 PALABRAS LOS MAS IMPORTANTES TEMAS QUE APASIONAN AL HOMBRE DE HOY.

- 1.- LOS GRANDES MITOS de P. Hernández
- 2.- EL CUERPO HUMANO de A. Sanz
- 3.- LAS CRUZADAS de H. Laming
- 4.- EL MAR de T. Marlin
- 5.- LAS RELIGIONES de R. Coppel
- 6.- LA TELEPATIA de L. Sureda
- 7.- LAS HEREJIAS de M. Bonilla
- 8.- LA ENERGIA NUCLEAR de G. Gallien
- 9.- LA ESCLAVITUD de M. Senin
- 10.- LAS DOCTRINAS FILOSOFICAS de R. Gautier
- 11.- LA PENA DE MUERTE de J. Mas
- 12.- LA VIDA DE JESUCRISTO de C. Alcalde

Precio
10 PTAS.



Impreso en España
Printed in Spain

EDITORIAL BRUGUERA S.A.

Mora la Nueva, 2 Barcelona (6) (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

